

Martín F. Ríos Saloma

La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)

México/Madrid

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Marcial Pons Ediciones de Historia

2011

352 p.

ISBN 978-84-92820-47-4 (Marcial Pons Ediciones de Historia)
ISBN 978-607-02-2281-8 (UNAM, IIH)

Formato: PDF

Publicado: 27 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reconquista/historiografica.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México.

Capítulo IV

La Reconquista en las historias generales de España de la segunda mitad del siglo XIX: tres lecturas y dos proyectos de nación

El proceso de construcción de historias nacionales a partir de la segunda mitad del siglo XIX encierra una gran complejidad. No se trataba sólo de elaborar un discurso nacional, ni tampoco únicamente de legitimar y promocionar los valores políticos, sociales y religiosos de los grupos conservador o liberal: se trataba, ante todo, de justificar a través de la historia —mediante la identificación de las «esencias patrias» y de la verificación de su permanencia a lo largo del tiempo— la validez de dos proyectos de nación. En este proceso, el alzamiento de Pelayo, considerado como el acto fundacional de la nación española, sería objeto de una atención particular por parte de los historiadores de uno y otro signo y tales debates serían llevados, inclusive, al ámbito de los libros de texto¹.

Además, del agitado contexto político de la época, existen otros dos marcos de referencia que es necesario tomar en cuenta para analizar satisfactoriamente la producción historiográfica de este período. El primero es la consolidación del nacionalismo a escala europea, que cristalizó no sólo en la redefinición de las fronteras entre los Estados, sino, particularmente, en las empresas de colonización sobre África y Asia y los intentos lanzados sobre América, pues, como ha señalado Hobsbawm, tanto la capacidad de conquista como el número de territorios sometidos

¹ BOYD, «El debate sobre “la Nación”...», *op. cit.*, p. 168.

se habían convertido en criterios objetivos con los cuales medir el grado de progreso y civilización que había alcanzado una nación². Fue en aras de la consecución de este objetivo que las imágenes sobre el pasado fueron reactualizadas para justificar las expediciones militares y, sobre todo, animar la participación de los buenos patriotas. En el caso de España, esta política propagandística tuvo especial resonancia en el caso de la intervención de O'Donnell sobre Marruecos, pues se presentó a los marroquíes como el enemigo tradicional de España, enemigo incivilizado y perteneciente a una raza inferior al que había que combatir una vez más y atraer hacia las luces de la civilización occidental³.

El segundo elemento es el desarrollo del positivismo como marco filosófico, criterio científico y método historiográfico. Los discursos históricos elaborados en la segunda mitad del siglo XIX estuvieron marcados por un criterio de cientificidad que pretendía, por una parte, alcanzar el mayor grado de objetividad posible y, por otra, establecer siempre la verdad de los hechos⁴. Ello planteó algunas dificultades, especialmente a aquellos historiadores que se negaban a desechar las leyendas que acompañaban el discurso historiográfico desde la época de Mariana, pues, bajo esta óptica positivista, resultaba claro que muchos de los sucesos del siglo VIII o bien eran sólo invenciones o bien no podían ser suficientemente conocidos y explicados por falta de documentación fidedigna. El problema fue resuelto por la historiografía liberal, que supo valorar las leyendas sobre los acontecimientos del siglo VIII como parte de las tradiciones populares y explicar la resistencia de Pelayo en función de su patriotismo y su amor a la independencia, más loable cuanto más era reducida su figura a dimensiones «positivas».

Fue dentro de este contexto que el término *reconquista* ganó espacios en el discurso historiográfico y se cargó de nuevos significados. Este proceso de transformación semántica fue vertiginoso, puesto que se produjo en tan sólo cuarenta años contados a partir de la publicación de la *Historia* de Modesto Lafuente. Dentro de este período, realizando un análisis detallado, es posible determinar al menos tres etapas: la primera se desarrolló entre las décadas de 1850 y 1860, momento en el que los términos *restauración* y *reconquista* poseían significados diferentes, de tal suerte que el primero hacía referencia a los aspectos políticos y religiosos, y el segundo a los procesos militares y territoriales; la segunda

² HOBBSBAWM, *op. cit.*, p. 47.

³ «La proyección exterior del nacionalismo: historiadores y empresas coloniales», en CIRUJANO, ELORRIAGA y PÉREZ, *op. cit.*, pp. 195-206.

⁴ Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, «La creación de la *historia de España*», en PÉREZ GARZÓN (coord.), *op. cit.*, pp. 63-110.

etapa corresponde a la década de 1870 y la primera mitad de la década de 1880, cuando ambos vocablos fueron empleados como sinónimos; la última etapa iniciaría en 1885 y estaría marcada por el desplazamiento definitivo del término *restauración* por el de *reconquista*, de tal suerte que este segundo vocablo se convirtió, al mismo tiempo, en un concepto historiográfico y en una de las principales claves explicativas del proceso histórico español al englobar las dimensiones políticas, militares e ideológicas que poseyó el enfrentamiento entre musulmanes y cristianos⁵.

A lo largo de las siguientes páginas analizaré la forma en que los eventos del siglo VIII fueron interpretados por aquellos historiadores que escribieron *Historias Generales de España* en la segunda mitad del siglo XIX, excluyendo de este capítulo el proyecto canovista por su tardía puesta en marcha y su trascendencia para este trabajo. He dividido el capítulo en tres apartados: en el primero estudio las obras de Modesto Lafuente, Fernando Patxot, Antonio Cavanilles y Eduardo Zamora, todos ellos liberales moderados; en la segunda analizo el texto del republicano Miguel de Morayta; en la tercera abordo las *Historias* de Víctor Gebhardt⁶ y Manuel Merry, ambos católicos integristas. Estos autores son representativos de las corrientes a las que pertenecen y ello me permitirá ofrecer una panorámica completa de este complejo cuadro.

Historias liberales

Fernando Wulff, Ricardo García Cárcel y José Álvarez Junco han señalado cinco elementos comunes de esta historiografía liberal. El primero sería su intención «de conectar con la vieja *Historia de España* de Mariana, defendiendo al jesuita de los ataques de los historiadores

⁵ Tal carga ideológica e histórica había adquirido el término *reconquista*, que en 1882 veía la luz la segunda edición del libro de José Navarrete, quien planteaba una serie de estrategias políticas y militares para recuperar el peñón de Gibraltar de manos inglesas. José NAVARRETE, *Las llaves del Estrecho: estudios sobre la Reconquista de Gibraltar*, Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1882. El texto refleja, además, la manera en que el ambiente expansionista afectaba las visiones sobre el pasado y el futuro. Así lo expresan las primeras líneas del prólogo, en donde el autor señalaba que la recuperación de Gibraltar era «una cuestión de honra nacional y de grande influjo en el porvenir de la Patria» y que «la plaza de Gibraltar, el Reino de Portugal y el Imperio marroquí decoran la portada de los anales de la futura grandeza de España, anales en cuyas relaciones figuran la reconquista de la primera, nuestra confederación con el segundo y la extensión de nuestros dominios por el tercero». *Ibid.*, p. V.

⁶ GARCÍA CÁRCEL le sitúa entre los liberales, «Introducción», en *La construcción de las historias de España*, *op. cit.*, pp. 13-43, esp. p. 30, mientras que WULFF le ubica dentro del carlismo, *op. cit.*, p. 19. Tras la revisión del texto, me parece más oportuno situarlo dentro de este último grupo, si bien muchas de sus ideas se acercan a las de Lafuente.

extranjeros»⁷, pues como tal fueron tomadas las observaciones hechas por Romey, Dunham y Saint-Hilaire. Así pues, los historiadores liberales se empeñaron en ponderar positivamente la labor de Mariana, ya que con ello, en el fondo, lo que hacían era defender el discurso histórico nacional construido en las centurias pasadas. Un segundo rasgo era su interés por exaltar la geografía española, pues consideraban que las cualidades de ésta —feracidad del suelo, riqueza mineral, bondades del clima y posición geográfica privilegiada— habían contribuido a forjar el carácter indomable del pueblo español⁸. En tercer lugar, debe mencionarse el desarrollo del esquema invasorista que se sustentaba sobre «la triada paraísos-caídas-redenciones»⁹. En esencia, el esquema era similar al de Mariana, pero con la diferencia fundamental de que la caída no se explicaba ya en función de unas concepciones religiosas, sino de un marco exclusivamente político: divisiones internas, descuido de los asuntos públicos, ambición extranjera¹⁰. Ello tuvo, como cuarta característica, una consecuencia importantísima dentro del proceso de construcción del discurso historiográfico: el carácter teleológico que adquirió el relato de los hechos del pasado, pues, se sabía de antemano que todo el proceso histórico español culminaría en la época gloriosa de los Reyes Católicos. Finalmente, los historiadores liberales presentaron la lucha contra los invasores musulmanes como la auténtica fragua en la que se conformó la nación española, afirmando una vez más el espíritu de independencia y el inigualable patriotismo de los «españoles»¹¹.

Modesto Lafuente (1806-1866): un punto de inflexión

La figura de Modesto Lafuente y Zamalloa (1806-1866) ha sido considerada por diversos autores como una de las más importantes de la historiografía española¹². Originario de Palencia y miembro de la Unión

⁷ GARCÍA CÁRCCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 30.

⁸ *Ibid.*, p. 31, y ÁLVAREZ JUNCO, *Máter dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 204-208.

⁹ El esquema fue propuesto por ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 214-226; posteriormente fue retomado por WULFF, *op. cit.*, pp. 114-115, y por GARCÍA CÁRCCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 31.

¹⁰ WULFF, *op. cit.*, p. 115.

¹¹ «Se iniciaba así la Reconquista —señala Álvarez Junco—, que designaba la más larga y fecunda de las épocas doradas, aquella en la que había cuajado de manera definitiva la identidad nacional...». ÁLVAREZ JUNCO, *Máter dolorosa...*, *op. cit.*, p. 218. Cfr. WULFF, *op. cit.*, p. 113.

¹² PASMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, p. 346; LÓPEZ VELA, «De Numancia a Zaragoza», en GARCÍA CÁRCCEL, *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, p. 205; ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 201; Benoît PELLISTRANDI, «Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencias de la historiografía de Modesto La-

Liberal, Lafuente tuvo la visión, los instrumentos teóricos y la capacidad de escribir la nueva historia nacional que demandaban los nuevos tiempos. Su *Historia de España*, cuyo primer volumen apareció en Madrid en 1850¹³, marcó un hito dentro de la tradición historiográfica española y se convertiría, al mismo tiempo, en punto de llegada de la tradición historiográfica anterior, heredera de Mariana, y punto de partida de una nueva historiografía que culminaría en el proyecto canovista y en la historia de Altamira.

Lafuente escribió su historia siguiendo el viejo esquema trazado por Mariana, pero desterrando definitivamente el factor religioso —aunque conservó cierto providencialismo— de su discurso. En consecuencia, hizo del devenir histórico español un asunto de hombres y de la Historia una ciencia racional que debía buscar «las causas y antecedentes que prepararon cada invasión» y explicar «cómo y por qué medios se fue formando la nación española»¹⁴.

La importancia de este texto para nuestro estudio se muestra en el mismo prólogo. Tras comentar las críticas de los historiadores franceses (Romey o Saint-Hilaire) y aceptar que España aún no contaba con una auténtica historia nacional escrita en función de los nuevos criterios científicos, Lafuente realizó un largo repaso de la producción historiográfica española desde el siglo X hasta su propia época. En este balance, el término *reconquista* se utilizó por vez primera para definir un proceso histórico:

«Otro tanto tenía que acontecer cuando la irrupción sarracena volvió a reducir lo poco que pudo salvarse de la España cristiana al estado de infancia de las sociedades. En los primeros siglos de ese esfuerzo gigantesco a que damos el nombre de reconquista, otros obispos y otros monjes [...] anotaban en breves y descarnadas crónicas los sucesos de más bulto con la rapidez y el desaliño que la rudeza y la inseguridad de los tiempos permitía...»¹⁵.

Esta conceptualización de la Reconquista como un «esfuerzo gigantesco» da idea del camino recorrido entre la publicación de la obra de Ortiz y Sanz (1796) y la aparición de la obra de Lafuente. Por primera vez, el vocablo *reconquista* deja de utilizarse como un sinónimo del término

fuentes y Rafael Altamira», *Investigaciones Históricas*, núm. 17, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1997, pp. 137-160, esp. p. 143.

¹³ LAFUENTE, *op. cit.*, utilizo la segunda edición, 30 vols., Madrid, Imprenta de Dionisio Chaulie, 1869.

¹⁴ *Ibid.*, vol. I, p. VII.

¹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. IX.

recuperación y también, por primera vez, se concibe como algo distinto a la *restauración*. Esta diferenciación entre ambos procesos es la clave que permite explicar la transformación semántica del término *restauración* en las décadas posteriores. En este sentido, es sumamente revelador que sea precisamente a mediados del siglo XIX cuando se busque redefinir, a la luz de los nuevos presupuestos culturales y el contexto político, la lucha entre musulmanes y cristianos. Así, la forma en que Lafuente conceptualiza la Reconquista refleja no sólo una lectura del proceso en claves nacionalistas y patrióticas, sino, ante todo, el hecho de que las élites políticas e intelectuales del momento conciben a España como un auténtico Estado-nación y no sólo como un conglomerado de regiones.

Páginas adelante, Lafuente valora positivamente la cultura andalusí —que «derramaba por el mundo la luz de las ciencias y de las artes cuando los reinos cristianos se hallaban en una total oscuridad»— y critica la visión negativa que sobre los musulmanes habían difundido las obras de Mariana y otros escritores posteriores, pues con ello se arraigaron «en las masas del pueblo español las ideas equivocadas que aún se tienen respecto a la cultura y civilización de aquellos nuestros conquistadores»¹⁶. Este reconocimiento explícito de la superioridad de la cultura islámica, aunque es un ejemplo más de la apertura mental de nuestro historiador, estaba también motivado tanto por el romanticismo propio de la época como por la naciente arabofilia. De esta suerte, lo que demuestra el texto de Lafuente es una clara consciencia acerca de las diferencias culturales que existían entre Al-Andalus y los reinos hispano-cristianos y de la importancia que tuvo la presencia musulmana en el proceso de conformación de la identidad cultural española al ser heredera directa —y a la vez difusora— de la alta cultura islámica¹⁷. Esta corriente interpretativa sería patrimonio exclusivo de los historiadores liberales, pues los conservadores negaron cualquier reconocimiento de superioridad a la cultura andalusí.

Por otra parte, el futuro académico pensaba que la historia que debía escribirse era una historia del pueblo, es decir, de «la nación española»¹⁸. Al concebir a la nación como una entidad, Lafuente daba el paso de considerar la Historia como un proceso en el que «todo se encadena», tanto en el espacio como en el tiempo, «por gradaciones insensibles». En el caso español, sin embargo, estas transformaciones se veían interrumpidas por las invasiones, las cuales dividían a la historia de España en

¹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. XVII.

¹⁷ FANJUL, *Al-Andalus contra España...*, *op. cit.*, especialmente el «Prólogo» y el capítulo I, y RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, especialmente los capítulos III y IV.

¹⁸ LAFUENTE, *op. cit.*, vol. I, p. XXV.

«períodos naturales»¹⁹. La necesidad de determinar de la mejor forma posible la naturaleza del proceso histórico lleva a nuestro autor a exponer el problema que existía para definir la Edad Media. En estas reflexiones encontramos de nuevo el término *reconquista*:

«Desígnase comúnmente con el nombre de España árabe, y no lo es desde que remplazó al imperio de los árabes el de la raza africana y mora. Tampoco es la España musulmana, ni la España bajo la dominación de los sarracenos, desde que las armas cristianas se hicieron dueñas de la mayor parte del territorio español para no volverle a perder. Ni puede decirse la España cristiana desde la época en que se declaró la victoria y la superioridad en favor de los defensores de la cruz, porque cristiana ha sido la España antes y después de la reconquista»²⁰.

La principal aportación de Modesto Lafuente al conocimiento sobre el fin del reino visigodo consiste en la voluntad de explicar los acontecimientos en función de una serie de «causas» que dejaban en segundo plano los asuntos personales y morales, y que consolidaban una lectura de los acontecimientos en claves políticas y no religiosas. De esta suerte, Lafuente sostenía que era «un error atribuir la caída del reino godo a los vicios y demasías de Witiza y a los excesos y debilidad de Rodrigo»²¹ y proponía cuatro razones que, a su juicio, explicaban la invasión: *a)* la ambición personal de Muza de expandir sus conquistas personales y franquear el mar; *b)* la fertilidad del suelo, la calidez del clima y la riqueza de las ciudades peninsulares, cualidades que habían despertado desde épocas remotas la ambición de los pueblos vecinos; *c)* el odio de los judíos emigrados a África contra los visigodos que, por venganza, se confabularon con los invasores, y *d)* la instigación hecha a Muza por los partidarios de Witiza para que invadiera España y les ayudara a restituir a su bando en el gobierno, es decir, la lucha civil que dividía a la sociedad visigoda y le restaba fortaleza²².

Los primeros folios del volumen tercero están destinados a historiar el origen de Mahoma y el islam, las conquistas musulmanas sobre el norte de África y los sucesos posteriores a la batalla de Guadalete, así como a describir el estado en el que quedó la Península tras la invasión. En este punto es donde se distancia de la interpretación tradicional, señalando que los «valerosos y entendidos capitanes de la conquista [...] dejaron a los vencidos el libre ejercicio de su culto». Ello hacía concluir a Lafuente que

¹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. XXVI.

²⁰ *Ibid.*, vol. I, p. XXVI.

²¹ *Ibid.*, vol. I, p. 57.

²² *Ibid.*, vol. II, pp. 473-475.

la conquista «desde luego que no fue ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas». «A ser auténticas —añadía—, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela y aun la de Zaragoza, revélase en ellas más la política de un proselitismo religioso que el afán de exterminio...»²³. Asimismo, Lafuente señalaba que el matrimonio entre Abdalaziz y Egilona, hizo «más suave la suerte y condición de los vencidos» y permitió «estrechar más la relaciones entre árabes e indígenas», fortaleciendo los lazos entre la nueva élite dominante y las élites locales²⁴.

Los derroteros que sigue el discurso sobre el inicio de la resistencia cristiana no son muy diferentes de aquellos marcados en los siglos anteriores. La particularidad radica en el tono nacionalista y épico con el que está construido el relato²⁵. Es este trasfondo nacionalista el que hace que los sentimientos de «independencia» y «patriotismo» sean los motores de la resistencia española, consolidándose como nuevas claves de lectura. Esta consolidación permite al palentino tender puentes entre los inicios de la resistencia en Covadonga y la resistencia contra la invasión napoleónica, relaciones que cristalizan en el hecho de definir plenamente la guerra contra los musulmanes como una «guerra de independencia». La relación entre ambas independencias nunca llega a expresarse de forma explícita, pero los elementos del discurso permiten observar una continuidad en la línea de pensamiento entre los escritos de Capmany y el texto de Modesto Lafuente.

De esta suerte, Covadonga se nos presenta como la cuna de una nación y la batalla en ella realizada como el acto fundacional. Según la interpretación de Lafuente, los astures se habían mantenido independientes frente a cualquier invasor. A este pueblo se sumaron «los que de otras provincias acudieron a refugiarse al abrigo de sus riscos» y se mantuvieron allí el tiempo suficiente para «concebir el temerario plan de resistir a las huestes agarenas [...] y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese a guiarlos [...] un hombre de acción y consejo, gefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religión y su patria»²⁶.

La traducción y difusión de las crónicas musulmanas había añadido a la incertidumbre sobre los orígenes de la resistencia «española» un

²³ *Ibid.*, vol. III, pp. 38-39.

²⁴ *Ibid.*, vol. III, p. 42.

²⁵ «¿Era toda España sarracena? [...] ¿Había muerto la España como nación? No: aún vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco ha tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado a quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando sólo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron a reparar». *Ibid.*, vol. III, pp. 57-58.

²⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 62.

elemento más, relacionado en este caso con los orígenes étnicos de Pelayo. Nadie había puesto en duda los orígenes visigodos de Pelayo, pero los cronistas musulmanes insistían en llamarle «romano», hecho que atentaba contra uno de los postulados fundamentales del mito de la restauración. Lafuente logró esquivar dicho debate y construir a partir del mismo una nueva interpretación, a saber, que godos e hispano-romanos eran todos «cristianos y españoles»²⁷. Para calibrar la importancia de esta reflexión debe recordarse que el propio Lafuente se lamentaba de que en época visigoda los hispano-romanos y los visigodos estuviesen divididos. La invasión musulmana, pues, les había hecho tomar conciencia de que todos pertenecían a la misma nación, borrándose así las diferencias preexistentes. La nación española, por tanto, sólo podía considerarse como tal a partir del momento en que unos y otros combatieron contra el enemigo común de la patria.

Esta premisa permite comprender que Lafuente sostenga en su relato que, tras la batalla de Guadalete, «obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños huían despavoridos a las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias»²⁸. «En el corazón de aquellos riscos [...] nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendón de la fe, y a la santa voz de religión y de patria, sacudir el yugo de las armas sarracenas»²⁹. Bajo el mando de Pelayo —«varón esforzado y amante de su patria»—, elegido por la Providencia como jefe de «... aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos», estos mismos hombres iniciaron la «reconquista» de los territorios más cercanos³⁰.

La batalla de Covadonga se presenta como una epopeya gracias a la cual la «humilde monarquía» española se había de levantar «tan soberbia con Isabel en Granada». Me parece importante reproducir textualmente el relato de la batalla para apreciar los cambios que en él introdujo Lafuente con respecto a la versión de Mariana:

«Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo a los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo, los que se hallaban aposta-

²⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 62.

²⁸ *Ibid.*, vol. III, p. 58.

²⁹ *Ibid.*, vol. III, p. 59.

³⁰ *Ibid.*, vol. III, pp. 60-61.

dos entre las breñas hacían rodar a lo hondo del valle enormes peñas-cos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso a los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderose el desaliento de los musulmanes, tanto como crecía el ánimo de los cristianos, a quienes vigorizaba la fe y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vio sucumbir a su compañero Suleiman intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos a otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino a aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba a torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los pies de los que habían logrado ganar alguna pendiente y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó a hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fue la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fue glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo a atacar en campo raso a sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la Hégira, 718 de Jesucristo»³¹.

Como se aprecia, en esta interpretación la presencia divina se ve reducida a la fe personal de los cristianos. La cuestión de las flechas había sido considerada por Morales y Mariana la prueba más fehaciente de que Dios peleaba por su pueblo y de que la guerra contra los musulmanes era una especie de guerra santa. El desmembramiento del monte Auseba venía a confirmar este hecho. Ahora Lafuente abandonaba esta interpretación y ofrecía una explicación natural, aunque no por ello despreciara del todo la importancia del factor religioso:

«... si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protección providencial no se manifiestan nunca visiblemente a favor de una causa y de un pueblo, o no pudo ser más evidente su intervención a favor de

³¹ *Ibid.*, vol. III, pp. 62-63.

aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura»³².

Gracias a esta interpretación de carácter secular, el elemento religioso de la lucha perdió definitivamente su lugar como elemento principal y ese papel fue ocupado por la necesidad de recuperar la patria, es decir, el territorio. Lo único negativo en todos estos cambios interpretativos consiste en que, en esta búsqueda de una explicación racional, Lafuente se inventó una tormenta de la nada, pues en ninguna crónica se da constancia de tal tempestad. Este desliz le atraería fuertes críticas de los historiadores de las décadas siguientes.

Tras contar la batalla, Lafuente resume en una larga nota las polémicas y debates existentes entre los diversos autores a propósito del año y día de la batalla (acepta la datación del año 718), del número de los combatientes, de la presencia o no del obispo Oppas en la batalla, de la aparición o no de la Cruz y la Virgen a Pelayo antes de la misma, de la historicidad o no del rapto de la hermana de Pelayo —tradicción con la que se muestra muy crítico—, del momento en que se verificó la coronación de éste y, en fin, del número de años que reinó³³. Pelayo, concluye Lafuente, «... godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga»³⁴.

Nuestro erudito continúa su narración con los sucesos de los otros territorios septentrionales, señalando que los cristianos ahí refugiados proclamaron su independencia imitando lo ocurrido en Asturias, convirtiendo la lucha contra el islam en un factor de unidad entre los distintos pueblos hispanos:

«Gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos a la dominación sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo musulmíco, hacían esfuerzos o por defender o por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinación, comenzaban a entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unía un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fe»³⁵.

³² *Ibid.*, vol. I, p. 63. Misma idea en vol. III, p. 67.

³³ *Ibid.*, vol. III, pp. 63-66. Lafuente había dicho a propósito de la coronación que poco importaba el momento preciso que se verificó, sino el hecho de que «la posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesión de los que después de él fueron considerados reyes de Asturias, de León, de Castilla, de España y de los dos mundos». *Ibid.*, vol. I, p. 65.

³⁴ *Ibid.*, vol. III, p. 68.

³⁵ *Ibid.*, vol. III, p. 79.

Lafuente dedica a continuación algunas páginas a estudiar el origen de la «reconquista» en los Pirineos y subraya la forma en que las incursiones de los francos influyeron de forma positiva en los hechos de España, como la conquista de Barcelona. Así pues, la participación franca se valora de forma positiva: «Tal fue el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los más importantes acontecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado a producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso había de tener en la solemne lucha entre el mahometanismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacía cerca de un siglo se había inaugurado»³⁶.

Al volver sobre los acontecimientos asturianos, Lafuente relata las campañas de Alfonso I pero sin utilizar nunca el término *reconquista*, empleando, por el contrario, la palabra *tomar* y haciendo hincapié en el hecho de que tal empresa era una guerra libertaria, en la que los cristianos de las ciudades conquistadas por las tropas de Alfonso recibían «... con júbilo las bandas libertadoras de la fe»³⁷. Lafuente supone que las conquistas no pudieron ser duraderas y que la tónica general de las acciones fue más bien «la devastación y el incendio» y el aniquilamiento de los musulmanes. «En las poblaciones que conservaba —concluye Lafuente— iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando o erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de Católico que siglos adelante había de aplicarse a otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles»³⁸. El uso exclusivo del término *restauración* se prolongaría a lo largo de tres capítulos más³⁹, por lo que habría que esperar hasta el capítulo IX, intitulado «La España cristiana en el primer siglo de la Reconquista de 718 a 842», para constatar de nuevo el empleo del término *reconquista*.

A partir del tomo IV, Lafuente emplea con mayor frecuencia el vocablo *reconquista*. Así, en el capítulo XVIII del libro I, el autor realiza un balance sobre los progresos de los reinos cristianos en la obra de restauración y en él equipara los conceptos de *restauración* y *reconquista*:

³⁶ *Ibid.*, vol. III, p. 183.

³⁷ *Ibid.*, vol. III, p. 80.

³⁸ *Ibid.*, vol. III, p. 81.

³⁹ Así, por ejemplo, Lafuente se lamenta de que a la muerte de Alfonso I las discordias internas en los reinos cristianos hayan detenido «los primeros pasos hacia la grande obra de la restauración, cuando era común el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor a la independencia, la necesidad de la unión urgente...» (vol. III, p. 119). Al estudiar el reinado de Alfonso III, diría que sus acciones contribuyeron a que su memoria perdurara en Asturias «... como la de uno de los más celosos restauradores de su nacionalidad» (vol. III, p. 221) y que «estaba destinado a dar un gran impulso a la restauración española y a merecer el nombre de Magno» (vol. III, p. 321).

«En la obra laboriosa y lenta de la restauración española, cada período que recorremos [...] nos proporciona la satisfacción de regocijarnos con la aparición de algún nuevo estado cristiano, fruto del valor y constancia de los guerreros españoles y testimonio de la marcha progresiva de España hacia su regeneración. En el primero vimos el origen y crecimiento, la infancia y juventud de la monarquía Asturiana: en el segundo anunciamos el doble nacimiento del Reino de Navarra y del condado de Barcelona: ahora hemos visto irse formando otro estado cristiano independiente, la soberanía de Castilla, con el modesto título de condado también. La reconquista avanza de los extremos al centro»⁴⁰.

Más adelante, al estudiar el reinado de Alfonso VI, diría Lafuente que «volvió la gran ciudad de Toledo a poder de los reyes cristianos después de trescientos setenta y cuatro años cumplidos que estaba bajo el dominio sarraceno, desde que se apoderó de ella el berberisco Tariq ben Zeyad hasta su reconquista por Alfonso VI»⁴¹.

En el capítulo XXV, por su parte, nuestro autor ofrece un resumen de los acontecimientos del siglo XI en el que nuevamente se lamenta del hecho de que las divisiones internas de los reinos cristianos impidieron acabar con el dominio musulmán, objetivo principal que debían perseguir todos los monarcas. Lafuente indicaba que, a pesar de estas divisiones, «la reconquista» avanzaba lentamente, refiriéndose a ésta por vez primera como el «ensanchamiento de fronteras»:

«Por qué iba adelantando la reconquista en medio de tantas contrariedades [Subtítulo].

[...] A pesar de tantas discordias interiores y tantas alianzas con los mahometanos, conservábase siempre vivo el sentimiento de la independencia y el principio religioso como el instinto de la propia conservación [...]. Subsistía [...] el espíritu religioso y nacional que puesto en acción por algunos grandes príncipes como Sancho el Mayor de Navarra, Fernando el Magno de Castilla, Sancho Ramírez de Aragón, Ramón Berenguer el viejo de Barcelona, hacía que fuese marchando siempre la obra de la reconquista. Debiose a esta causa el que aquellas contrariedades no impidieran el acrecimiento y ensanche que recibieron las fronteras cristianas en León y Castilla, en Navarra, Aragón y Cataluña, desde la recuperación de León hasta la conquista de Toledo, el acaecimiento más importante y glorioso de la España cristiana desde el levantamiento y triunfo de Pelayo»⁴².

⁴⁰ *Ibid.*, vol. IV, pp. 5-6.

⁴¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 238.

⁴² *Ibid.*, vol. IV, pp. 301-302.

Este párrafo es uno de los más importantes para nuestra investigación, dado que en él Lafuente define el término *reconquista* como un proceso histórico que consistía en la expansión territorial de los reinos hispanocristianos. Esta definición permitía, por una parte, dotar al vocablo de un significado propio y, por otra, generar una nueva conceptualización del enfrentamiento entre musulmanes y cristianos en la que el factor religioso pasaba a un segundo plano, acentuándose el elemento territorial y político. Esta conceptualización era, en realidad, el primer paso para transformar un vocablo en un concepto historiográfico que designaba a una realidad pretérita determinada. Así, la *Historia* de Lafuente permite constatar dos hechos: primero, que al momento de iniciar la redacción del texto el término *reconquista* todavía no era de uso frecuente entre los historiadores y por ello aún se emplea el término *restauración*; segundo, la ambigüedad que desde el inicio de su difusión tuvo el término *reconquista*, dado que a lo largo de la obra es empleado para designar un momento preciso en la historia de España (la «reconquista» de Toledo), un proceso histórico (el «ensanche de fronteras»), una época («el primer siglo de la Reconquista») y un mito fundacional (un «gigantesco esfuerzo» nacional) que articulaba todo el devenir histórico, que borraba las diferencias entre los distintos pueblos y que mostraba el amor constante de los españoles por la libertad y su independencia. En cualquier caso, la importancia de Lafuente reside en que contribuyó a difundir el uso del término *reconquista* y, con ello, una lectura de la historia de España en claves políticas y nacionalistas.

Ferrán Patxot y Ferrer (1812-1859): exaltando el iberismo

En 1857 el malogrado menorquín —de ascendencia catalana— publicó bajo el pseudónimo de Ortiz de la Vega unos *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*⁴³. Patxot elaboró una historia marcadamente indigenista según la cual los auténticos españoles eran los iberos. En este sentido, el movimiento de Pelayo no podía caracterizarse como una «reconquista», puesto que los visigodos nunca habían sido españoles, sino como un eslabón más dentro de esa cadena de guerras en pro de la «independencia» mantenidas por los iberos a lo largo de los siglos.

La obra iniciaba con el obligado prólogo en el que el autor resaltaba las bondades con las que había sido beneficiada España. A continuación,

⁴³ Ferrán PATXOT y FERRER (Ortiz de la Vega), *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, 5 vols., Madrid-Barcelona, Librería de José Cuesta-Impronta de Cervantes, 1857. Patxot murió en un accidente doméstico tras haber padecido la fiebre amarilla. *Enclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, vol. 42, Madrid, p. 920. Cfr. WULFF, *op. cit.*, pp. 118 y ss.

señalaba el carácter «incompleto» de las historias de España existentes, puesto que la mayoría reproducían el error de «tomar por España las Castillas» en función de una pretendida razón de Estado que no reconocía la participación de los otros reinos en el proceso histórico nacional y que impedía a los historiadores abandonar su provincianismo y entender que los monarcas no eran reyes de cada territorio, «sino de España». Además, criticaba el hecho de que se aceptaran con facilidad las historias de los extranjeros, «propensos unos a dar más crédito a las leyendas árabes que a las nuestras, y muy inclinados otros a no ver en nuestra tierra mas que galos y a deprimir por puro albedrío». Patxot sostenía a continuación que de la historia española podían aprenderse dos lecciones: la primera, que la soberbia podía llevar al más grande de los pueblos a deshacerse en luchas internas y a verse relegado a un plano menos digno del que por derecho le correspondía; la segunda, que esas mismas luchas habían facilitado las invasiones extranjeras, pues «excitada la codicia de los grandes imperios», España había «sido dividida primero, sojuzgada luego, por Cartago, Roma, los godos, los sarracenos, los austriacos y Luis XIV»⁴⁴. Llegados a este punto, Patxot se preguntaba si existía la necesidad de escribir una nueva historia de España bajo el punto de vista «ibérico, nacional e independiente»⁴⁵; la respuesta evidentemente era afirmativa.

El primer capítulo estaba dedicado a cantar por extenso las bondades del terreno. Lo que sorprende en Patxot es la propia desmesura de la exaltación, pues afirma, sin ningún pudor, que «el primer español fue Adán» y que «el paraíso, en que fue puesto Adán, no es una alegoría bíblica [...]; antes se concibe que, en medio de las delicias de una tierra lozana, virgen y llena de vida, eligiese el Hacedor una parte de ella, la más bella y deleitosa, para la mansión de la más admirable de sus criaturas»⁴⁶. Tal provincia no podía ser otra que España, puesto que la imaginación no podía «concebir otra morada más independiente ni más digna del jefe del linaje humano»⁴⁷.

Patxot retrotrae el inicio de la caída de la monarquía a la época de Witiza, pero cuestiona la versión tradicional de los sucesos que pintaba al monarca «como el más abominable de los monstruos» sin encontrar pruebas documentales para ello. «Pero —continúa— como se hacía indispensable buscar en los pecados anteriores el origen de la especie de anatema lanzado por la Providencia sobre la raza goda, todo se les volvió a los autores de memorias buscar antecedentes, inquirir delitos, imaginar

⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 6.

⁴⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 7.

⁴⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 14.

⁴⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 16.

atrocidades, y crear torpezas»⁴⁸. Sin embargo, el autor no niega que el cuadro elaborado por los cronistas fuese del todo falso, pues ciertamente Witiza encarnaba y reflejaba los vicios («soberbia», «avaricia»), «maldades» (lujuria, parricidios) y defectos políticos («rebeliones», «traiciones» y «corrupción»), de la sociedad visigoda⁴⁹.

Transformados en defectos políticos propios de los godos lo que antes eran pecados ignominiosos, resultaba mucho más sencillo y convincente explicar la invasión sarracena como la participación de un tercero en una guerra civil comenzada por el propio Rodrigo y en la que Julián —quien había hecho «una bella defensa» de la plaza de Tánger cuando fue asediada por vez primera por los musulmanes en 707—⁵⁰ y su memoria llevaron la peor parte al ser éste defensor del partido witizano. En cualquier caso, para Patxot, el responsable del inicio de la guerra fue el propio Rodrigo, «quien llamó en su auxilio a los sarracenos». Y agregaba que el ultraje cometido por éste en la «esposa o hija» de Julián era una «acción tan natural del carácter godo, que desde luego lo dio el vulgo por cosa sentada y admitida [...]. Ningún godo tuvo jamás por una traición, sino por una costumbre, llamar al extranjero para que le ayudase contra los propios [...] Amor a la tierra no le conocían pues la trataban como un país conquistado, y era para ellos nuestra Península un criadero de esclavos»⁵¹.

Patxot afirmaba que habían existido dos invasiones previas y, antes de relatar la batalla de Guadalete, escribe una página entera sin punto y aparte para explicar que la dominación romana y la dominación goda habían enterrado —temporalmente claro está— el espíritu de independencia ibera y que tan sólo

«... unos veinte mil mauritanos, mandados por un jefe obscuro, se atrevieron a recorrer las tierras que un día independientes y enteras habían hecho temblar a un Amílcar, tratado como aliado a un Aníbal, y cuya posesión había costado doscientos años de guerras a un imperio tan poderoso como el romano. Entonces reinaba en ellas el espíritu ibérico. Ahora la Iberia llevaba grillos; y los que habían tomado a cargo su defensa eran unos godos miserables. Una sola de las antiguas tribus de nuestra Península hubiera bastado para arrojar al mar a aquel puñado de aventureros»⁵².

Patxot reconocía que la mayor parte de las poblaciones de la Península no opusieron resistencia a los invasores y que la propia debilidad

⁴⁸ *Ibid.*, vol. III, p. 133.

⁴⁹ *Ibid.*, vol. III, pp. 133-136.

⁵⁰ *Ibid.*, vol. III, p. 136.

⁵¹ *Ibid.*, vol. III, pp. 136-138.

⁵² *Ibid.*, vol. III, pp. 138-139.

interna de la monarquía posibilitó el hecho de que se hundiese en una sola batalla. En este sentido, la conclusión de Patxot no podía ser más elocuente: «Quede consignado que junto a Jerez de la Frontera, y en las mismas márgenes del Guadalete, acabó para nuestros antepasados el cautiverio en que los tuvieron por espacio de tres siglos los septentrionales. A esto se le llama la pérdida de España; en realidad fue el principio de su regeneración...»⁵³.

El libro VI está dedicado en su integridad a historiar las relaciones entre los árabes y los iberos. Es en el segundo capítulo, «Comienzo y carácter de la guerra de independencia ibérica contra los árabes», donde el autor acomete el estudio de los inicios del enfrentamiento entre iberos y árabes (y no «cristianos» y «musulmanes»). Muchos son los puntos originales que presenta la interpretación de Patxot tanto con respecto a la versión más tradicional de los acontecimientos como a la propia interpretación acuñada por Lafuente.

El primero de ellos es que el menorquín rechaza tajantemente toda intervención divina y cualquier tipo de milagro en los sucesos históricos. Tal posición nace de la necesidad de no dejarse llevar inocentemente ni por las crónicas árabes ni por las crónicas cristianas, señalando así las consecuencias negativas tanto de una arabofilia mal entendida como de un pensamiento providencialista omnipresente⁵⁴.

El segundo punto consiste en considerar la lucha contra los musulmanes no como una «reconquista», sino como una lucha por la «independencia» de los iberos. Ello era consecuencia lógica del planteamiento inicial de nuestro historiador, pero era también el punto más lejano al que podía llevarse el desarrollo del esquema invasionista. En efecto, todos los escritores habían dado por sentado que si bien los visigodos habían sido unos invasores, en realidad habían liberado a España del yugo romano, le habían conferido una unidad política y, sobre todo, habían contribuido de forma importantísima a la construcción de su «nacionalidad» al implantar el catolicismo. En esta lógica, como hemos visto, la gesta de Pelayo podía interpretarse como una restauración o una reconquista. Pero si los visigodos eran unos invasores más, que no sentían ningún amor por España, entonces de ninguna manera podía hablarse de una reconquista. En el mismo sentido, Pelayo no podía (ni debía) ser visigodo, pues ello implicaba que estuviera tocado por los mismos defectos que los godos. Por tanto, a mayor gloria de España, Pelayo debía ser ibero, es decir, un auténtico español; en consecuencia, no podía ser tampoco miembro de la familia real, sino que fue uno más de los caudillos que se

⁵³ *Ibid.*, vol. III, p. 141.

⁵⁴ *Ibid.*, vol. III, pp. 173-174.

levantaron contra el dominio islámico para «restaurar la antigua independencia ibérica»⁵⁵.

De esta premisa se desprende el tercer elemento, que consiste en negar «el carácter» que tradicionalmente se había adjudicado a la lucha contra los musulmanes. Así, nuestro autor afirmaba que existían dos corrientes interpretativas al respecto: una que hacía del enfrentamiento una «cruzada religiosa» y otra que sostenía que «la cruzada fue meramente política y restauradora del imperio goda»⁵⁶. Patxot no podía ver «una cruzada», porque los árabes habían permitido el culto católico, aunque reconocía que «ciertamente los cristianos atribuían algunas de sus victorias a la cooperación de ciertos patronos celestes, y los árabes se reconocían deudores de las suyas al Alá supremo: pero unos y otros pasaban de las guerras a las alianzas, y de las amistades a las lides, sin tener para nada en cuenta los intereses religiosos». Pero tampoco veía una «restauración goda», pues «ni los godos reinaban a gusto de los iberos; ni su dominación había sido otra cosa que una conquista y una tiranía; ni su catolicismo era puro; [...] ni había entre ellos otra sangre real que la de los generales [...]; ni habían, sobre todo, sucumbido de una manera digna de dejar recuerdos nacionales para que la España pudiese tomar a pecho su restauración y su venganza»⁵⁷.

El cuarto elemento consiste en afirmar que, como no había un reino que restaurar, los caudillos indígenas que se levantaron en armas en distintas partes de «Iberia» fueron reconocidos como reyes de cada uno de los territorios, interpretación con la que Patxot subrayaba la contemporaneidad de todos los movimientos de independencia y negaba el protagonismo exclusivo al reino asturiano. En consecuencia, el inicio del movimiento independentista en el Pirineo oriental no es entendido ni como una réplica ni como una copia del movimiento asturiano, sino como el surgimiento de los auténticos sentimientos patrióticos de los iberos. Con ello, Patxot no sólo eliminaba la primacía castellana, sino que, mejor aún, hacía de la nacionalidad española un patrimonio común de todos los españoles y de la lucha contra el islam el motor de «la regeneración hispana»⁵⁸.

⁵⁵ *Ibid.*, vol. III, p. 190. Misma idea en vol. III, pp. 191-193 y 201. Debe recordarse que por aquellos años la lucha contra las fuerzas napoleónicas comenzó a designarse como «guerra de independencia». ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 128. Es interesante recordar también que la rotonda de la puerta de Alcalá tomó el significativo nombre de «Plaza de la Independencia» y que una de las ocho calles trazadas en el proyecto original se denominaba «Covadonga».

⁵⁶ *Ibid.*, vol. III, p. 175.

⁵⁷ *Ibid.*, vol. III, p. 176.

⁵⁸ *Ibid.*, vol. III, pp. 178-179. Misma idea en vol. III, pp. 188-189.

Como consecuencia de todas estas premisas, Patxot se mostró crítico con el relato tradicional de la batalla de Covadonga, reduciéndola a lo que consideraba sus verdaderas dimensiones: «Si Alcama acaudillaba algunos centenares de hombres, pudo Pelayo vencerlos y ahuyentarlos; y si los fugitivos se metieron por las asperezas de algún desfiladero, fue muy fácil que hallasen ahí una sepultura. Pero de esta sencillez a las exageraciones del cronicón de Sebastián, va todo el espacio que separa a la historia de la novela»⁵⁹. La diferencia entre esta presentación de los acontecimientos y la acuñada por Mariana evidencia la distancia que separaba ya el discurso crítico liberal del discurso tradicional; un discurso que no sólo pretendía ceñir la historia a sus dimensiones positivas, sino también limitar la presencia de la Iglesia y de la monarquía como instituciones rectoras de la vida española.

Sobre los territorios orientales, Patxot no podía ofrecer demasiadas novedades y centró sus esfuerzos en criticar las leyendas elaboradas en torno a la entrada de Otger Cataló y los orígenes de los reinos de Aragón y Navarra⁶⁰. Esta misma parquedad se observa en el relato sobre la conquista de Barcelona por «los naturales del país, a quienes auxilian en el empeño los francos y los árabes rebeldes»⁶¹. Menos breve, pero también poco extenso si se compara con lo escrito por Próspero de Bofarull, es lo relativo a Wifredo el Velloso, quien al morir había dejado en «fermentación la obra de la independencia de aquella comarca»⁶².

La obra de Patxot es, pues, altamente significativa para nuestro estudio. Primero, por llevar aún más lejos la interpretación de Modesto Lafuente y eliminar del relato no sólo los acontecimientos milagrosos, sino también el trasfondo providencialista que subyacía en la *Historia* de aquél. En segundo término, por abandonar completamente la interpretación goticista y retomar la interpretación indigenista lanzada por Garibay en el siglo XVI, presentando la lucha iniciada por los iberos como un eslabón más dentro de la cadena de guerras de independencia realizadas a lo largo de la historia y, por lo mismo, entendiendo el alzamiento no como una reconquista, sino como una restauración de la primitiva independencia ibera. En tercer lugar, por situar a todos los movimientos de resistencia en un plano de igualdad. Ello le lleva, y éste sería el cuarto aspecto, a colocar la batalla de Covadonga en sus dimensiones positivas más probables: una mera escaramuza entre una guarnición musulmana y unos cuantos «naturales».

⁵⁹ *Ibid.*, vol. III, p. 193.

⁶⁰ *Ibid.*, vol. III, p. 196.

⁶¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 7.

⁶² *Ibid.*, vol. IV, p. 33.

Antonio Cavanilles (1805-1864): un «liberal conservador»

Al iniciar la década de 1850, la refundada Real Academia de la Historia había tomado conciencia de la necesidad de elaborar una nueva historia de España que satisficiera las inquietudes de un público culto pero no especializado. Dicha tarea recayó en los hombros del jurista coruñés Antonio Cavanilles, quien, entre 1860 y 1863, dio a la imprenta una *Historia de España*⁶³.

La obra de Cavanilles es a todas luces de corte más tradicional que la de Patxot, pues no sólo su catolicismo aflora una y otra vez, sino que escribe desde una óptica casticista que hace que la batalla de Covadonga se presente con marcados tintes patrióticos, que la historia de Navarra y Cataluña quede reducida al mínimo y que los sucesos aragoneses se estudien en pocas páginas hasta el momento de su «unión definitiva con Castilla».

El texto se abre con una larga introducción en la que el autor canta una vez más las bondades de la tierra y se suma a quienes a lo largo de los siglos se han quejado de la dificultad de escribir la historia de España, tanto por la falta de documentos como por la multitud de acontecimientos dignos de ser recordados⁶⁴. Asimismo, nuestro académico dedica algunas páginas a señalar los caracteres principales de las épocas que quiere historiar y a exponer el método que pretende seguir, guiando su trabajo por el criterio de la veracidad y por la necesidad de escribir una historia que no fuera exclusivamente política, sino también «intelectual»⁶⁵.

Los acontecimientos del siglo VIII se encuentran consignados en el primer volumen. Tras examinar las crónicas medievales, el autor concluye que las noticias son contradictorias y que «sólo podemos de ello deducir que empezó Witiza siendo piadoso, perdonando a los perseguidos, favoreciendo a los descontentos y quemando los procesos de los criminales. Desconfiemos: así empezó Nerón»⁶⁶. A partir de este punto reproduce la historia de Witiza en los mismos términos que Mariana hasta concluir que «fue depuesto por Rodrigo y privado de la vista dos años antes y enviado a Córdoba como refiere la crónica de don Rodrigo. ¡A cuán pobre y miserable estado —se lamenta nuestro académico— había llegado el grande imperio gótico!»⁶⁷.

⁶³ Antonio CAVANILLES, *Historia de España*, 5 vols., Madrid, Imprenta J. Martín Alegría, 1860-1863.

⁶⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 1-2.

⁶⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 18.

⁶⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 253.

⁶⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 255.

Otro tanto aconteció con Rodrigo, quien, en vez de enderezar las cosas del pueblo godo, «se dejó arrastrar por los deleites y se encenegó en los vicios»⁶⁸. Esta situación, y las divisiones internas entre los visigodos facilitaron la penetración de los musulmanes, quienes intentaron «atravesar el Estrecho, pisar nuestro territorio, probar fortuna». Tal explicación hacía innecesaria «la novela de la violación de la Cava, la traición de su padre el conde Julián, el llamamiento a los moros, la torre encantada de Toledo, los lienzos en que estaban pintados los que habían de posesionarse de España, y tantas otras célebres patrañas que —según nuestro autor— ni deben creerse ni pueden olvidarse», puesto que su recuerdo duraría tanto como durara la lengua castellana⁶⁹. En este mismo sentido, Cavanilles suscribía la opinión de quienes consideraban que la invasión musulmana debía entenderse como la intervención de un tercero dentro de una guerra civil⁷⁰. A estos factores debían añadirse la codicia que despertaba en los musulmanes la feracidad del suelo español y la molicie y el «afeminamiento» que habían generado en los godos el fraccionamiento y la falta de «entusiasmo político»⁷¹. Sin embargo, el autor pensaba que el valor español siempre resurgía cuando la patria estaba a punto de perderse⁷².

Cavanilles narra la historia de la batalla de Guadalete utilizando los mismos términos e imágenes que Mariana y remarcando la huida general de la población⁷³. Posteriormente hace un balance sobre la herencia visigoda en el que se contemplan los aspectos jurídicos —leyes, normas, códigos— religiosos, políticos, antropológicos —costumbres— y artísticos. Al abordar este último aspecto, nuestro jurista consigna el descubrimiento del tesoro de Guarrazar —ocurrido en 1859—⁷⁴ y subraya, al mismo tiempo, que la herencia visigoda en el aspecto arquitectónico perduró muchos años pues, según él, «los templos que se conservan en Asturias, erigidos después de la reconquista, son de arquitectura romano-bizantina»⁷⁵. Con ello se pone de manifiesto el hecho de que el vocablo de *reconquista* se cargaba de múltiples significados y, por tanto, se consolidaba como un término ambiguo.

Nuestro autor comenzaba su historia de la «dominación árabe» retrayéndose a los orígenes de Mahoma y a la fundación del islam. Como

⁶⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 255.

⁶⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 256.

⁷⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 257.

⁷¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 256-257.

⁷² *Ibid.*, vol. I, pp. 257-258.

⁷³ *Ibid.*, vol. I, pp. 259-260.

⁷⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 307.

⁷⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 299.

buen católico, veía en el islam una religión «enteramente mundana y sensual» que a cambio de «sumisión y obediencia sin límites, ofrecía jardines y aromas, goces y placeres, amor y huríes»⁷⁶. Estas características servían como punto de partida para señalar que los cronistas árabes eran muy dados a contar fábulas y que los «árabes españoles», aunque españoles, también eran dados a incluir consignas de este tipo, por lo que consideraba que la introducción de las leyendas de la Cava se debía a ellos⁷⁷, aunque también opinaba que pudo haberse verificado como un «crimen privado»⁷⁸. Es por ello que, siguiendo a Lafuente, el autor sostenía que el fin del reino visigodo podía explicarse por múltiples factores, tales como la «guerra civil», la «falta de unidad», el «decaimiento de la fe religiosa», «la depravación de costumbres» y «la influencia de los judíos». A todo lo cual era preciso añadir que «ni había espíritu guerrero, ni espíritu religioso, ni nacionalidad, ni patriotismo»⁷⁹.

Los inicios de la resistencia asturiana se narran en un tono altamente patriótico no exento de cierto providencialismo. De esta forma, nos presenta a los «españoles» lamentándose de su suerte «en la libertad de las montañas», mientras que el monarca Teodomiro, que gobernaba sobre un pequeño territorio, no tenía «ni la aspiración, ni el intento de restaurar la antigua monarquía goda»; asimismo, muchos obispos permanecieron al lado de su grey, prestando «importantes servicios a la Iglesia y a la patria»⁸⁰. Pelayo, por su parte, «viendo a los moros ocupados en las Galias, concibe el alto pensamiento de lanzarlos de España, reestableciendo el trono de los godos»⁸¹.

A continuación, nuestro autor relata los amoríos entre Munuza y la hermana del «infante» Pelayo y la forma en que éste, sintiéndose ultrajado,

«... llamó a sus amigos y parciales para que secundasen la atrevida empresa que iba a acometer. Mal despiertos del letargo vienen algunos, en cuyo pecho no había muerto la llama del patriotismo; cuya cerviz no se había doblado enteramente a la coyunda. Conocen que no se debía emprender una guerra de bandidos; que era preciso levantar una bandera santa y gloriosa, reconstruir el trono, colocar en

⁷⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 312.

⁷⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 334-336.

⁷⁸ *Ibid.*, vol. I, nota 2, p. 335. Páginas adelante hará una exoneración del monarca, señalando que «no fue en su efímero reinado cuando nacieron tamaños males». *Ibid.*, vol. I, p. 339.

⁷⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 336.

⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 347.

⁸¹ *Ibid.*, vol. I, p. 349.

él a un príncipe de estirpe goda; y todos los ojos se fijan en Pelayo. [...] Altos misterios de la providencia [...] ¡Allí había de nacer la inmensa monarquía de Isabel y de Fernando!»⁸².

El sentimiento patriótico se hace de nuevo patente en el desarrollo de la batalla de Covadonga, donde el autor nos presenta a Pelayo «levantando la espada en la derecha mano y la cruz en la siniestra» y en la que se incorpora el argumento de Lafuente a propósito de las flechas, que «por su propio peso», caían sobre los musulmanes. «¡Gloria a Dios! ¡Noble y glorioso origen de la monarquía española!»⁸³, exclamaría Cavanilles al terminar el relato. La derrota musulmana tuvo como consecuencia que éstos no se atreviesen nunca más a atacar a los astures, «cuya nacionalidad» empezaba a «cimentarse sólidamente, pasando muchos guerreros del interior de España a engrosar las filas de los valientes que reconocían un Rey, que adoraban la Cruz y que, confiados en la visible protección del cielo, alimentaban legítima esperanza de que, tras una noche caliginosa, alborease el crepúsculo de un hermoso día»⁸⁴.

Por lo que toca a los sucesos de los reinos orientales, sorprende no sólo que el autor les dedique muy pocas páginas, sino que cuestione las tradiciones y minimice los hechos allí sucedidos, señalando que los habitantes del Pirineo en realidad estaban acaudillados por «jefes militares» y no por reyes y que habían emprendido sus acciones imitando la gesta de Pelayo⁸⁵. La cosa va a más cuando, cargando las tintas, nos presenta a los navarros como hombres rústicos —vestidos con «pieles de oso»—, envidiosos, de «carácter irascible», poco afectos al orden y de miras muy cortas⁸⁶. No contento con estas descalificaciones, Cavanilles decide no contar nada sobre las incursiones carolingias, pues su historia —y, por tanto, la de Cataluña— no tenían cabida en la historia de la nación: «No puede escribirse la historia minuciosa de los reinos que se suponen en la frontera francesa, sin hacer profundos estudios sobre el reinado de Pepino, Carlo-Magno y Ludovico Pío. Esto es propio de eruditos, que consagren sus vigilias a este género de investigaciones; pero es enteramente ageno a una historia, de que sólo forman una pequeña parte tales acontecimientos»⁸⁷. De esta suerte, frente a las tinieblas y fábulas que envolvían los orígenes de los reinos orientales, la historicidad de Pelayo y su gesta —a la que califica de «ilustre»,

⁸² *Ibid.*, vol. I, p. 350.

⁸³ *Ibid.*, vol. I, p. 353.

⁸⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 353.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 411-413

⁸⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 420-421.

⁸⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 417.

«gloriosa» y «sublime epopeya de la reconquista»—⁸⁸ estaban fuera de toda duda⁸⁹.

¿Cómo explicar esta actitud de Antonio Cavanilles? La única respuesta plausible que puede ofrecerse es que Cavanilles entiende que la *Historia de España* era la historia de Castilla y, en un momento en que las tendencias republicanas y federalistas empiezan a aflorar, pretenda reforzar esa visión centralista y unitaria de España. La otra respuesta, menos científica, es que, a sus sesenta y tres años, Cavanilles no estuviera para novedades y que su visión del mundo estuviera más cerca de las posturas conservadoras que de las tendencias del liberalismo moderado.

Eduardo Zamora y Caballero (1835-1899): la Reconquista, origen de la nación

En los últimos años del Sexenio Democrático vio la luz de la imprenta la *Historia general de España y de sus posesiones de ultramar* elaborada por el literato y político valenciano Eduardo Zamora y Caballero⁹⁰.

La obra se abría con una introducción en la que el autor sostenía que el estudio de la «historia patria» era útil no sólo a las clases dirigentes, sino también a los hombres «humildes», puesto que en ella podían encontrarse ejemplos «provechosos» y conocerse las causas de las catástrofes con el objetivo de evitarlas. Asimismo, Zamora se mostraba consciente del hecho de que el estudio de la historia, en la práctica, era algo reservado a las clases pudientes, por lo que se proponía escribir un resumen de la historia de España, asequible y algo más consistente que los libros de texto⁹¹. Esta inquietud no debe pasarse por alto, dado que manifiesta la toma de conciencia sobre la necesidad de difundir entre las clases populares la historia patria, convirtiéndola en un patrimonio verdaderamente colectivo. Ello era reflejo de lo que Pierre Nora ha llamado «la memoria republicana, social y militante, de masas y poderosamente democrática y democratizadora»⁹².

El autor sostenía la idea de que la historia de España sólo comenzaba con el inicio de «la guerra de siete siglos» contra el islam, puesto que antes sólo podía «hacerse la historia de los celtas, fenicios, cartagineses, romanos y godos en España; pero no la historia de nuestra patria que no

⁸⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 425.

⁸⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 434.

⁹⁰ ZAMORA y CABALLERO, *op. cit.*

⁹¹ *Ibid.*, vol. I, p. 1.

⁹² NORA, *op. cit.*, vol. II, ***, p. 650.

hizo más que sufrir el yugo de los conquistadores, sin tener vida propia, ni figurar como nación en los anales del mundo»⁹³. Así, Zamora se suma a las teorías indigenistas y suscribe la premisa según la cual los auténticos españoles habían vivido sometidos al dominio extranjero, incluido el visigodo. Sin embargo, el autor no dejaría de ver en el primer monarca asturiano a un descendiente de los godos, aunque no hizo del enfrentamiento contra el islam una lucha entre visigodos y musulmanes, sino una lucha de los españoles contra enemigos extranjeros.

Pocas novedades interpretativas pueden encontrarse en el trabajo de Zamora sobre la caída del reino visigodo, en especial si tomamos en cuenta que sigue el planteamiento de Lafuente. Pero es precisamente este hecho lo más significativo: la voluntad expresa de consolidar un discurso patriótico y nacionalista libre no sólo de las leyendas sobre Witiza y la Cava —Zamora llega a decir que «hoy ningún escritor formal da ya crédito a los amores de don Rodrigo con Florinda»—⁹⁴, sino también de la interpretación providencialista. Lo que estaba detrás de todo ello era el debate sobre el papel que debía desempeñar de la Iglesia como rectora o no de la sociedad española. Y es que no puede olvidarse que, durante el Sexenio Democrático, el Estado confesional fue sustituido por un Estado neutro en materia religiosa; de esta suerte, el discurso histórico servía para legitimar una u otra de las posturas: si se eliminaba esa tutela eclesiástica en el relato sobre los orígenes de la nación, podía seguirse el razonamiento según el cual los destinos de España no estaban necesariamente ligados a los de la Iglesia, tal y como se empeñaban en hacer creer los historiadores y publicistas conservadores.

Estas premisas tendrían dos consecuencias directas en la construcción del discurso de Zamora sobre los acontecimientos del siglo VIII. La primera fue que el reinado de Witiza se ponderó con tintes menos dramáticos, al tiempo que su personalidad fue descrita con menos virulencia, aceptándose el hecho de que, al parecer, simple y sencillamente «tenía un carácter débil y era inclinado a los placeres, lo cual hacía de él un hombre poco a propósito para empuñar el cetro en aquellas difíciles circunstancias en que el reino se hallaba amenazado en el exterior por los árabes y en el interior por la ambición de la familia de Recesvinto»⁹⁵. La segunda consistió en que se consolidó la interpretación de Lafuente según la cual la invasión musulmana debía entenderse como la participación de un tercero en una guerra civil protagonizada por las familias de la élite visigoda, difundiéndose así un discurso histórico nacional completamente laicizado⁹⁶.

⁹³ ZAMORA, *op. cit.*, vol. I, p. 3.

⁹⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 95.

⁹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 94.

⁹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 95.

Los pasajes sobre el «levantamiento en Asturias», la «batalla de Covadonga» y el «principio de la monarquía española» se encuentran consignados en el tomo primero. Aquí hay que señalar un dato altamente significativo. El capítulo está ilustrado con la reproducción en grabado, a página entera, de la pintura de Luis de Madrazo, *Pelayo en Covadonga*. La obra, que había resultado vencedora en el primer concurso de pintura histórica celebrado por la Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1856, representaba a Pelayo delante de la cueva con la espada en la mano derecha y la cruz en la izquierda —tal y como lo había descrito la tradición— arengando al pueblo y a los nobles, situados en un plano inferior y armados con sus espadas. A la izquierda de Pelayo, un sacerdote vestido ricamente da su apoyo expreso al monarca, mientras que una figura femenina, que representa a la nación y que tiende sus manos hacia el caudillo y el sacerdote, creando un vínculo invisible entre la monarquía, la Iglesia y la nación⁹⁷. En mi opinión, la inclusión de esta reproducción es el punto culminante en la construcción de una «iconografía de la reconquista». El cuadro pertenecía a la Academia de Bellas Artes y evidentemente sólo podía ser apreciado por un número limitado de personas. Su incorporación a la obra de Zamora no se debió sólo a la necesidad de ilustrar el texto, sino a la de difundir una imagen —premiada, y por tanto sancionada— entre los potenciales lectores del libro. Todo ello era parte del proceso por medio del cual se dotaba de rostro a los personajes históricos y se creaba una galería de héroes que sirviera como referente para las masas al ser presentados como la encarnación de las virtudes patrióticas. Si la historia de España comenzaba con la batalla de Covadonga, era lógico apoyar el discurso escrito con un mensaje visual.

El relato sobre el alzamiento de Pelayo se inicia con la premisa de que los «españoles, temerosos de caer en poder de los conquistadores, se habían refugiado en la parte septentrional de España, buscando un abrigo en la aspereza de los montes que pudieron ampararles del devastador torrente». Unos emigraron a la provincia de Septimania y otros fueron a los Pirineos pero, por supuesto, «la mayor parte [se refugió] en las montañas de Cantabria, Galicia y Asturias. Esta última comarca —agrega Zamora— fue elegida para refugio de los que más pesadamente soportaban la invasión de los moros y se vio bien pronto convertida en punto de reunión de los varones esforzados que soñaban con la idea de reconquista»⁹⁸.

⁹⁷ Esta figura femenina estaría inspirada en la *Marianne* francesa —quizás de forma más específica en el cuadro de Delacroix—, aunque también en España existían referentes iconográficos similares, como pone de manifiesto el hecho de que la Primera República escogiera la figura de una matrona como símbolo oficial de la nación.

⁹⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 24.

La falta de noticias sobre los orígenes del movimiento asturiano permite al valenciano construir un discurso en el que Pelayo, a pesar de ser visigodo, reunía grandes cualidades como «la fama de sus hazañas, la nobleza de su alcurnia y la gallardía de su persona», cualidades que «movieron a los asturianos a aclamarle por capitán y jefe» con el fin de combatir a los invasores. «No era fácil la empresa, y por lo mismo la consideró digna de su grande ánimo el iniciador de la reconquista»⁹⁹. Zamora diría que Pelayo quiso despertar en todos «el patriotismo para que empuñaran las armas y se decidieran a morir libres e independientes», y añadiría que en Cangas disputó «el suelo de la patria a las innumerables huestes que seguían el estandarte del profeta. ¡Temeridad insigne la de emprender tan grande empeño con tan escasas fuerzas, y gloria superior a todo encarecimiento haberlo conseguido, cimentando en el patriotismo de un puñado de hombres la verdadera monarquía española!»¹⁰⁰.

La batalla de Covadonga se desarrolla a caballo entre el relato de Mariana y Lafuente, aunque en los episodios finales Zamora reprodujo casi íntegramente las líneas que había escrito el segundo, particularmente lo relativo a la tormenta¹⁰¹. Por su parte, las últimas páginas dedicadas al reinado del «heroico fundador de la monarquía española» describen la forma en la que los «asturianos [...] escasos en número pero grandes en valor y en esperanzas» bajaron a las llanuras y Zamora suponía, ante la falta de noticias, que Pelayo «dedicó toda su atención a la administración de su pequeño reino, cuyos moradores se dedicaron a desmontar terrenos incultos, labrar sus campos, edificar templos y casas, y desarrollar en cuanto fuera posible su naciente industria; dedicando especial cuidado a hermostrar la pequeña villa de Cangas, capital de la naciente monarquía»¹⁰².

Sobre Alfonso I, Zamora decía que «se hallaba dotado de un carácter emprendedor y atrevido [y], ardía en deseos de proseguir la obra de la reconquista»¹⁰³. Me parece oportuno señalar que el autor no utilizó el verbo *reconquistar* para hacer referencia a la toma de ciudades hechas por el monarca asturiano, pero sí asentó que el objetivo de sus campañas era «extender los límites de su reino»¹⁰⁴. Es imposible no ver en ello los ecos de la conceptualización de Lafuente, que entendía la Reconquista como el «ensanche de fronteras». Sin embargo, el historiador valenciano se mostraba menos entusiasta que los historiadores de los siglos ante-

⁹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 125.

¹⁰⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 126.

¹⁰¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 126-127.

¹⁰² *Ibid.*, vol. I, p. 127.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. I, p. 132.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 132.

riores sobre las repercusiones de estas incursiones, señalando que en la mayoría de las ocasiones —con la excepción de Astorga y León— se trató de expediciones de saqueo en las que el rey «no hizo otra cosa que desmantelarlas, talar los campos, degollar las guarniciones sarracenas y hacer cautivos a las mujeres e hijos de los vencidos, llevándose también a los cristianos de las comarcas que ocupaba para poblar con ellos las provincias de Cantabria, Álava y Vizcaya, menos expuestas a los ataques de los moros»¹⁰⁵. A este proceso militar seguía otro no menos importante que consistía en la erección de «gran número de fortalezas y castillos», en la edificación de templos, en el «reestablecimiento» del culto católico y en el nombramiento de obispos»¹⁰⁶.

Zamora dedicó numerosas páginas a narrar lo que aconteció en Cataluña, mostrándose cauto en su juicio sobre las intervenciones carolingias, que no califica ni como «invasión» ni como «auxilio». Así, por ejemplo, al historiar la conquista de Barcelona, señala que, al llegar la primavera, el rey de Aquitania «comprendió que era llegada la ocasión de hacer un gran esfuerzo y envió al ejército sitiador un numeroso cuerpo de tropas de refuerzo, cuya reserva se quedó en Rosellón», de tal suerte que Barcelona «no tenía más remedio que rendirse»¹⁰⁷. Consumada la conquista de la ciudad y el resto del territorio, Cataluña se convirtió en provincia del imperio carolingio hasta que más adelante «constituyó un condado independiente, luego parte de la Corona de Aragón y, por último, porción de la monarquía española...»¹⁰⁸. Tal idea permitía al autor señalar que Francia había buscado apropiarse desde aquellos remotos tiempos de esa parte de la Península, estableciendo así una relación explícita entre las incursiones carolingias del siglo VIII y las campañas de Napoleón¹⁰⁹. A lo largo de todas estas páginas y en los capítulos sucesivos, el valenciano no utilizaría el término *reconquista*.

La obra de Zamora se presenta, pues, como un eslabón en la cadena de historias liberales que comienza con la de Lafuente y culmina con la de Cánovas. Eslabón no sólo porque sigue en sus líneas generales el esquema trazado por el primero, sino también porque al estar destinada a un público amplio, pretendía difundir entre los lectores una interpretación política y laica —no providencial— de los eventos históricos del siglo VIII. En este sentido, debe subrayarse el interés por presentar los inicios del movimiento asturiano como una «reconquista» del territorio y de la independencia española. También debe señalarse el hecho de que dentro del liberalismo

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 133.

¹⁰⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 132.

¹⁰⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 154.

¹⁰⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 156.

¹⁰⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 157.

moderado, la obra de Eduardo Zamora se nos presenta equidistante tanto de las interpretaciones indigenistas de Ferran Patxot como de aquellas francamente tradicionalistas de Cavanilles. Ello no era sólo un reflejo de la diversidad de corrientes interpretativas que existían dentro del liberalismo, sino también de la variedad de alternativas políticas del momento.

Historias republicanas

*Miguel Morayta y Sagrario (1839-1917): un maestro aventajado*¹¹⁰

En 1886, el madrileño Miguel Morayta —catedrático de la Universidad Central y seguidor de la masonería— publicó su monumental *Historia general de España*¹¹¹. El autor concibió su obra como la historia de España que reclamaban los nuevos tiempos: una historia de la nación, es decir, del pueblo, construida sobre una sólida base positiva, y su presentación física daba cuenta de ello¹¹².

Más importante para nuestro estudio que el rigor metodológico, el conocimiento profundo de los trabajos de sus contemporáneos, la apertura intelectual hacia las ciencias naturales y las ciencias auxiliares de la historia, las posturas evolucionistas que le hacen retrotraer la historia de España hasta la prehistoria, la premisa de que «la historia es obra exclusivamente humana»¹¹³, la idea de que «la Historia del pueblo» debía sustituir a la serie de biografías de los grandes personajes¹¹⁴ y su entusiasmo por el «progreso», es el hecho de que Morayta utiliza en esta obra el término *reconquista* desde la primera página para definir claramente un proceso histórico de enfrentamiento entre musulmanes y cristianos.

La introducción comenzaba con un comentario dirigido contra los juicios de Romey y Saint-Hilaire, según los cuales «la Historia de España está del todo por escribir»¹¹⁵. Es en la refutación de esta idea, en el segundo párrafo de la obra, donde aparece el término *reconquista*:

¹¹⁰ En 1875, Emilio CASTELAR había publicado unos *Estudios históricos sobre la Edad Media y otros fragmentos*, Madrid, Editores A. De San Martín y Agustín Jubera, 1875, en los que se refería a la necesidad de realizar una historia de «las masas», idea que influiría de forma evidente en la obra de Morayta. En este texto, Castelar se referiría a la lucha contra el islam como a «la obra fabulosa de reconquista, con razón llamada Iliada de siete siglos», (p. 218).

¹¹¹ MORAYTA, *op. cit.*, Sobre Morayta, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 428-429.

¹¹² Cfr. WULFF, quien ha definido el texto como «una obra enormemente significativa, pero sin gran trascendencia posterior»; *op. cit.*, pp. 141-147.

¹¹³ MORAYTA, *op. cit.*, p. 13. Todas las notas corresponden al vol. I.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 11.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 1.

«Ya en los tiempos de la monarquía visigoda escriben obras históricas [...], personajes tan preclaros como san Leandro [...] En tanto, despiértase en los monjes la afición en que persisten durante los primeros siglos de la Reconquista, de consignar noticias, anotar fechas y aun formar cronologías, base y contenido, andando los días, de tantos tumbos y becerros. / A este linaje de trabajos pertenecen, ya después de Covadonga, los cartularios, necrologías, leccionarios, calendarios y santorales, de que son consecuencia el cronicón del obispo de Salamanca...»¹¹⁶.

Al hacer su interpretación sobre el período de Witiza, nuestro madrileño considera que la falta de documentos, el hecho de que viviera en un momento de «horrible decadencia» y el que inmediatamente después de su reinado ocurriera la invasión musulmana, «la mayor catástrofe que sufrió España», eran los factores que explicaban que su memoria apareciera «envuelta en aquella espantosa desdicha». Tras repasar las posturas a favor y en contra del penúltimo monarca godo, Morayta concluía que, como hombre, «Witiza fue [...] voluptuoso y lascivo» y, como rey, «prohibió el celibato a los religiosos, rompió las relaciones con Roma y concedió la libertad a los judíos». «Realmente merece severísima censura —señala Morayta— todo monarca que no sabe guardar las conveniencias debidas a su alta posición»¹¹⁷.

Siguiendo en esta tónica, el destronamiento de Witiza por Rodrigo es entendido como una revolución. Esta definición no era gratuita. No sólo por el sentido de transformación que el concepto implicaba, sino también porque con ello le otorgaba un carácter legitimador. Morayta reconocía implícitamente que una de las ramas de la familia reinante poseía un sentido de la responsabilidad política más alto que la otra. Esta rama, a la que pertenecía Pelayo, no dudaría en iniciar una revolución frente a un monarca que tenía en una «desesperada situación a los hispano latinos —buenos sólo para pagar contribuciones y defender a la patria y al rey con las armas—» y que, «auxiliado por el clero visigodo, realizaba una política innovadora y heterodoxa»¹¹⁸. «Tal —asegura Morayta— debió ser la protesta que significaba el movimiento que arrojó del trono al revolucionario monarca visigodo»¹¹⁹.

El relato sobre la invasión musulmana comienza con la conquista de Muza sobre la Tingitana, hecho que sembró en el caudillo musulmán el deseo de «ganar a España»¹²⁰ y que obligó a Rodrigo, que peleaba contra

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 5.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 633.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 636.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 637.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 640.

los cántabros, a trasladarse a Andalucía para hacer frente a los musulmanes. Según el autor, la batalla definitiva tuvo lugar a orillas del río Wadi Becca (el Salado), encontrando el monarca en ella la muerte¹²¹. Este desenlace se explicaba no por las «traiciones» de Rodrigo y Julián —que no fueron consignadas por las fuentes árabes—¹²², sino por un cúmulo de factores: por una parte, la división, la debilidad, la corrupción y la falta de fe de los visigodos; por la otra, «la juventud, la virilidad y el fanatismo del pueblo invasor que soñaba con un paraíso lleno de placeres...»¹²³.

Tras reproducir el llanto por España, Morayta señalaba que la invasión islámica no sólo no había significado el declive de España, sino que ésta, con el paso del tiempo, se encargaría de impregnar el ser de los nuevos invasores y de civilizarlos, tal y como lo había hecho con los visigodos¹²⁴. Esta idea, evidentemente, no tiene nada de original, pero no deja de sorprender el hecho de que un republicano convencido como era Morayta compartiera el mismo esencialismo hispánico de un historiador conservador como era Francisco Simonet.

El libro VII estaba destinado a historiar el califato independiente y en él se incluyen los pasajes relativos al inicio de «la Reconquista». De esta suerte, el capítulo cuarto lleva el significativo título de «Primeros momentos de la Reconquista». Este dato confirma dos de nuestras observaciones: que el término *reconquista* alcanzó su mayor difusión a partir del último tercio del siglo XIX y que se consolidó como un término polisémico, pues en este caso no queda claro si Morayta la consideraba como un proceso o como un período histórico. Lo que sí queda muy bien definido es el contenido patriótico del término, puesto que nuestro madrileño suscribe la interpretación según la cual el movimiento surgido en Asturias era uno más de los que a lo largo de la historia habían nacido bajo el auspicio de sus agrestes montañas, «baluarte perenne de la independencia nacional»¹²⁵. Igualmente llamativo es el planteamiento según el cual Pelayo era sólo uno más entre los otros «prohombres de más empuje» que se habían «levantado» en otras comarcas, aunque Morayta aceptaba que sería «reconocido como señor natural de una parte de la región astúrica» por sus «prendas personales» y su «ilustre prosapia»¹²⁶.

El autor iniciaba su relato sobre Covadonga señalando que los astures aprovecharon la incursión musulmana en Francia para destruir «toda

¹²¹ *Ibid.*, pp. 641-643.

¹²² *Ibid.*, p. 643.

¹²³ *Ibid.*, p. 644.

¹²⁴ *Ibid.*, pp. 645-646.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 796.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 798.

manifestación del poder mahometano y libert[ar] así del yugo del invasor extensas regiones»¹²⁷. Reproducía, a continuación, las líneas de Lafuente, suscribiendo la teoría de la «estrepitosa» tormenta. «A estas proporciones está reducida la batalla de Covadonga» —concluía nuestro autor—. Esta crítica a la versión tradicional del episodio no impedía a Morayta reconocer la importancia política del acontecimiento ni dejar de ver en él el momento fundacional de la nación española y del «restablecimiento» de «la antigua monarquía visigoda»:

«Continuaron así en vigor las antiguas leyes y las antiguas costumbres. Las creencias y el culto cristiano se vivificaron, los sacerdotes recobraron su autoridad y hasta el mismo Dios católico, tan olvidado durante los últimos tiempos de los últimos reinados, ganó con fe vivísima el corazón de aquellos valientes, que por un movimiento natural y perfectamente explicable, hubieron de creerse bajo su directa e inmediata protección. Las palabras patria y religión comenzaron pues, a responder a sentimientos vivísimos que llenaban toda la vida y dirigían todas las acciones. La nacionalidad española sentaba así sus más fundamentales cimientos [...] Tanta fue la libertad con que vivió Pelayo, que hubo de mandar pacíficamente hasta su muerte»¹²⁸.

El texto de Morayta encierra una contradicción con los presupuestos generales, pues ¿cómo era posible que los asturianos restauraran la monarquía de aquellos que les querían dominar? Esta contradicción no era nueva —el propio Patxot la había señalado—, pero mostraba la forma en que la mayoría de los escritores decimonónicos, por más progresistas que fueran, asumían también los esquemas historiográficos acuñados en el siglo XVI. En el caso concreto de Morayta, el desarrollo de este esquema no puede sorprender, puesto que el mismo autor había señalado también que en cierto modo los visigodos habían contribuido a cimentar las bases de la nación.

Es en los pasajes sobre Alfonso I donde Morayta vuelve a utilizar el término *reconquista* al hacer la relación de las ciudades que fueron tomadas por el monarca, para quien «combatir [a los moros] significaba enaltecer al Dios católico en que creían y reivindicar los sagrados fueros de la patria». Así «Alfonso I, sincero creyente y buen militar, desenvainó su espada y a partir de los estados que reconquistara Pelayo [...], franqueó las montañas que separan las Asturias de Galicia (año 742)»¹²⁹. Resulta interesante, sin embargo, que, al definir la naturaleza de estas conquis-

¹²⁷ *Ibid.*, p. 798.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 800.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 814.

tas, el historiador madrileño las considera como expediciones de saqueo que tenían no el objetivo de engrandecer el territorio, ni de «establecer [...] una dominación permanente», sino de consolidar la posición política del monarca, aunque se buscara «siempre el reestablecimiento de cuanto existía antes de la invasión sarracena»¹³⁰.

Si estos párrafos no merecen mayor comentario, por ser de signo idéntico a los ya analizados, sí lo amerita el párrafo con el que Morayta cerraba el capítulo y que literalmente dice:

«Así se organizaba y tomaba cuerpo la Reconquista. Y hecho extraño y digno del valor español; mientras toda el Asia entonces conocida y las regiones del África por los antiguos descubierta, y una buena parte de Europa reconocían sin protesta al Califa de Damasco, los montañeses de Asturias arrollaban a sus soldados y mermaban sus conquistas. [...] Gloria fue ésta sólo alcanzada por el pueblo de Sagunto y de Gerona; vencer siempre a los enemigos más fuertes, en los momentos en que mayor era la pujanza»¹³¹.

Mis comentarios apuntarían en tres direcciones. La primera tiene que ver con el hecho de que el autor define claramente a la Reconquista como un proceso histórico que posee un origen indubitable y que, siguiendo los postulados organicistas, se desarrollaría en los siglos posteriores; con ello Morayta continuaba la línea de Lafuente. La segunda observación es que, desde el republicanismo, Morayta apoya la interpretación según la cual el rasgo definitorio de la identidad española es precisamente el haber entablado una lucha secular contra los musulmanes, algo que ninguna otra nación de Occidente había realizado. Finalmente, se hacía de nuevo explícito el vínculo entre la invasión musulmana y la invasión napoleónica, construyéndose así una memoria colectiva basada en el recuerdo de los triunfos sobre los enemigos extranjeros que habían pretendido subyugar a la patria y que los dirigentes políticos y las élites intelectuales seleccionaron de forma consciente como episodios dignos de ser recordados: Sagunto (o Numancia), Covadonga y Gerona (o Zaragoza) estarían destinados a ser nombres que, con sólo mencionarse, evocarían el valor y el patriotismo español.

Coherente con una visión republicana de España, Morayta dedica varias páginas a narrar el origen de la lucha contra los musulmanes en los reinos orientales, reconociendo no sólo sus rasgos propios, sino también su importancia dentro del conjunto de la nación. Nuestro autor abre el ca-

¹³⁰ *Ibid.*, p. 815.

¹³¹ *Ibid.*, p. 817.

pítulo correspondiente criticando la visión providencialista de la historia¹³² y señalando que «la Reconquista» no avanzó de forma más rápida debido a ese pernicioso defecto que había acompañado a los españoles a lo largo de su historia: la falta de unidad¹³³. A continuación, señalaba que, de forma idéntica a lo ocurrido en Asturias, se había alzado también «en los opuestos confines de España [...] el grito de independencia»¹³⁴, al tiempo que reconocía que «los orígenes de la Reconquista en las provincias Vascas, en Aragón y en Cataluña» estaban envueltos en mayor cantidad de «fábulas» —rechazaba contundentemente la leyenda de Otger—¹³⁵ y que habían ocurrido un poco más tardíamente que los de Covadonga¹³⁶. En la práctica, sin embargo, la idea que quedaba flotando era que ninguno de los movimientos podía considerarse superior al otro y, por tanto, ningún territorio podía reivindicar por este hecho más derechos que los otros.

Tras referir la campaña carolingia sobre Zaragoza —episodio que sirve al autor para recrearse en su patriotismo antifrancés—¹³⁷, Morayta explica que Carlomagno concibió la idea de conquistar España «poco a poco, reposadamente y de forma que fuese cierto el éxito»¹³⁸, de tal suerte que invadió Cataluña y se apoderó de Gerona, Auxona y Urgel, «haciéndose así dueño de toda la vertiente española de los Pirineos»¹³⁹. El juicio que le merece a nuestro republicano esta campaña es digno de ser consignado, pues, si bien entendía las incursiones carolingias como una «invasión» y como una «dominación», reconocía también que los catalanes consideraban estos hechos de armas como una «ayuda contra la dominación musulmática» y que ello había tenido como consecuencia, que «Francia fuera dueña de una parte de una y otra falda del Pirineo y de algunas comarcas españolas»¹⁴⁰.

Más interesante para nuestro trabajo es el hecho de que Morayta considere a la Reconquista como prerrogativa exclusiva de los españoles,

¹³² *Ibid.*, p. 873.

¹³³ «Mas lejos de pensar, ellos unidos por sus creencias religiosas y por su amor a la patria, en lo que únicamente debía importarlos, [los cristianos] parecían tomar por modelo a los musulmanes, para entre sí deshacerse en luchas intestinas, doblemente lamentables entre ellos, por ser los más débiles y los más necesitados de unión y concordia». *Ibid.*, p. 873.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 881.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 887.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 881.

¹³⁷ «... El vencedor en todas las antiguas Galias y en Italia, jefe de un poderosísimo imperio, y que tenía por tributario suyo a todo el mundo cristiano, y por aliados al emperador de Constantinopla y al Califa de Bagdad, no debía salir de España como empujado y a la fuerza, y sin dejar memoria alguna del indudable valor de sus francos. Y sin embargo, así salió». *Ibid.*, p. 883.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 886.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 887.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 887.

dando a entender que los francos, aunque cristianos, por el simple hecho de ser extranjeros, no podían participar en tal empresa, como sí podían hacerlo los catalanes y los aragoneses:

«... Mas de todas maneras, los francos servían como base de operaciones a los inquietos fronterizos de Cataluña, para quienes la guerra era ocupación casi constante, y en cuanto a Aragón, libres e independientes sus moradores del Pirineo, también procuraban en la medida de sus fuerzas manifestar sus propósitos de reconquista. Y tanto estos montañeses de Aragón como de Cataluña venían a ser como un refugio o asilo para todos los patriotas y creyentes que no estimaban digna su situación de conquistados»¹⁴¹.

Para redactar los pasajes concernientes a la campaña carolingia contra Barcelona, Morayta se sirvió de las obras de Bofarull y de Balaguer, que estudiaré más adelante, por lo que la campaña se presenta como la culminación de un largo proceso militar destinado a incorporar al imperio toda la región y establecer la «Marca Española»¹⁴². La conquista de la ciudad se relata con sumo detenimiento, desde el momento en que se celebró la asamblea en Tolosa y se conformó un ejército formado por «los francos, los vascones, los aquitanos y los godos, muchos de éstos antiguos pobladores de Cataluña huidos de las persecuciones mahometanas, y por último algunos borgoñones y provenzales, probablemente enviados por Carlomagno en calidad de auxiliares», hasta el final del sitio de la ciudad, describiendo con exhaustividad el episodio de la captura de Zeid y señalando el «restablecimiento de la antigua ley visigótica»¹⁴³.

Harto interesantes resultan los argumentos con los que páginas adelante Morayta explica la independencia de Cataluña con respecto a la soberanía franca. El primero consistía en que los francos «no tenían nada que enseñar a aquellos catalanes civilizados por la Iglesia visigoda y por el fuero Juzgo»; el segundo, que «sus conquistas en España, asemejáronse [...] a las realizadas por tantos otros pueblos [...], que sólo consistían en la imposición del pago de un canon y en exigir el reconocimiento de la soberanía, de donde era consecuencia la libertad en que quedaba el país conquistado, para vivir según lo estimara conveniente»; el tercero era la propia inestabilidad interna que había marcado los gobiernos de Luis el Piadoso y Carlos el Calvo, factor que había hecho imposible que estos monarcas «consagraran a las cosas de España particularísima atención». «No fue, pues, necesario esfuerzo alguno especial por parte de Catalu-

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 887.

¹⁴² *Ibid.*, p. 929.

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 929-931.

ña para que ésta resultase disgregada de la Francia: bastaba con que el monarca transpirenaico se viera obligado a descubrir sus posesiones de España»¹⁴⁴.

Siguiendo ese razonamiento, el autor reconocía que «Wifredo el Velloso fue, en efecto, como Sancho Abarca en Navarra y Pelayo en Asturias, representante y cabeza de los comienzos de una nacionalidad, de la nacionalidad catalana», aunque no dejara de indicar que su figura estaba rodeada de leyendas¹⁴⁵. La fundación de dicha nacionalidad había sido producto de la constante actividad militar que Wifredo desarrolló contra los musulmanes, «sin el auxilio de sus señores francos», con el objetivo de «vigilar las fronteras y extenderlas»¹⁴⁶, fronteras que eran protegidas «con fortificaciones y ciudades que levantó y pobló»¹⁴⁷. Asimismo, el autor señala que la actividad militar era seguida de una política de restauración del culto cristiano que se traducía en la fundación o reparación de iglesias como San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll, «monasterio famosísimo y necrópolis real»¹⁴⁸.

Debería cerrar aquí mis comentarios sobre las páginas que Morayta dedica a Cataluña si no fuera porque en la narración de la expedición de Almanzor contra la ciudad condal encontramos de nuevo la palabra *reconquista*, cosa poco frecuente en las historias generales: «La Historia puede afirmar que la Reconquista de Barcelona no exigió supremos esfuerzos, pero que aquellos que la recobraron eran en su casi totalidad gente nueva. La antigua Barcelona desapareció, pues, en aquellas circunstancias»¹⁴⁹. Llama la atención que en esta ocasión la palabra haga referencia a un momento o a un acontecimiento preciso y no a un proceso histórico¹⁵⁰.

Toca dedicar algunas líneas a los orígenes del Reino de Aragón, que tan mal parado había quedado en la *Historia* de Cavanilles. Morayta no tiene ningún inconveniente en reconocer que la antigüedad del reino se remonta a la época inmediatamente posterior a la invasión musulmana, puesto que se había formado allí «un núcleo de resistencia», y acepta que las noticias en torno a la elección de Aznar en la ermita de San Juan de la Cueva eran verosímiles, aunque no se supiera a ciencia cierta cuál de los

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 1079.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 1080.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 1082.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 1083.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 1084.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 1127.

¹⁵⁰ También atrajo mi atención el hecho de que en el párrafo dedicado a exaltar la conquista de Toledo por Alfonso VI no se empleara la palabra *reconquista*, aunque la idea estuviese implícita en el texto (vol. II, p. 139).

territorios que entonces se asentaban en el Pirineo ejercía la hegemonía sobre los demás¹⁵¹. Sin embargo, sostiene que «lo que no puede admitirse, ni como racional siquiera, es que aquellos primeros defensores de la cristiandad y de la independencia de la patria, se unieran mediante condiciones escritas. El fuero de Sobrarbe no corresponde a aquellos apartados días, sino al siglo XI»¹⁵². De esta suerte, tras desgranar y refutar las noticias que circulaban sobre los orígenes de los reinos, nuestro catedrático concluía que lo único cierto que podía establecerse era que el Reino de Navarra tuvo su origen con Sancho Abarca en el año 905¹⁵³.

No quiero terminar la revisión de la obra de Morayta sin comentar algunos párrafos, contenidos ya en el volumen II. El capítulo X lleva el significativo título de «Afirmación de la Reconquista» y en sus párrafos se aprecia, más claramente que en todos los anteriores, el uso ambiguo que se hacía del término *reconquista*, pues en este caso designaba, a un tiempo, un proceso histórico y una «idea universal» —nótese la influencia hegeliana— común a todos los reinos peninsulares. Además, nuestro madrileño indicaba que este proceso de lucha contra los musulmanes había propiciado que los reinos cristianos se diferenciaran cada vez más unos de otros y que tuvieran una naturaleza distinta al reino visigodo. Por otra parte, es interesante señalar cómo en esta caracterización de la Reconquista no se hace mención en ningún momento del elemento religioso —tan sólo se identifica a los habitantes de los reinos del norte como «cristianos»—, poniéndose el acento únicamente en las cuestiones militares, territoriales y fronterizas. Para explicar este giro interpretativo habría que tener en cuenta la filiación republicana de nuestro autor, pero también los nuevos parámetros positivistas que marcaban el quehacer historiográfico y que dirigían las miradas de los historiadores hacia los aspectos tangibles, positivos, de la realidad pretérita. En este mismo sentido, me parece oportuno hacer notar que nuestro republicano —estamos en 1887— no utilizó ni una sola vez el término *restauración*. No sería demasiado arriesgado decir que así como Lafuente contribuyó significativamente a la conceptualización de la Reconquista, así Morayta contribuyó a su consolidación en tanto concepto historiográfico dentro de la historiografía erudita:

«Aun cuando en el mismo momento en que los musulimes se extienden por los ámbitos de la Península, se formula en Covadonga y en Sobrarbe la protesta contra la conquista musulmana, transcurren muchos años sin que los cristianos independientes piensen en otra cosa que en vivir al día.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 1074.

¹⁵² *Ibid.*, p. 1074.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 1077.

La Reconquista, en efecto, no toma cuerpo hasta muchos años después. Porque si es cierto que en los días de Alfonso I se extienden considerablemente los dominios de la monarquía asturiana, no fue ciertamente porque para lograrlo empleara un poderoso esfuerzo. [...] Alfonso I no tuvo [...] por qué sostener porfiadas guerras para apoderarse de ciudades casi despobladas y de lugares lo más del todo indefensos. Desde entonces, y aun cuando la posteridad concedió el Magno al tercero de los Alfonsos, la Reconquista no pasó más allá de aquella gran faja despoblada entre la frontera asturiana y la ismaelita, que los mahometanos no tuvieron grande empeño en defender. Por su parte, Cataluña logra, merced a las armas de los francos, ver libre de musulimes buena parte de su territorio; mas la Reconquista se encierra en los límites a donde la puso Wifredo el Velloso. Y en cuanto a Navarra, no pasó mucho más allá las fronteras que levantarán los mismos árabes.

Sorprende en esta situación a los reinos cristianos el terrible Almanzor, y la Reconquista parece quedar reducida a su más mínima expresión. [...] Las mismas campañas de Almanzor contribuyeron no poco a favorecer la causa de los cristianos: las vergüenzas y los daños que causó a éstos no los aniquiló, y en cambio sí les encendió en odio y deseo de venganza, pasiones ciertamente no sentidas por los habitantes de España en los primeros momentos de la conquista. Afírmase así el propósito de vengar los ultrajes sufridos y aun de llegar a la expansión definitiva del bárbaro agareno; y de esta suerte, la Reconquista, sentimiento indeterminado hasta entonces, se convierte en idea universal y perfectamente concreta»¹⁵⁴.

Historias conservadoras

Nos adentramos ahora en el estudio de la historiografía conservadora, marcada por el catolicismo integrista, es decir, por una visión política que buscaba la esencia de la realidad española en la herencia católica, una herencia que definía formas de gobierno, costumbres, tradiciones, festividades y, en fin, una forma de ver y estar en el mundo¹⁵⁵. Casi tan rica en producción como la liberal, la historiografía conservadora pondría el énfasis en la forma en que el catolicismo había contribuido a la unidad española y reivindicaría a todos aquellos monarcas o períodos que habían favorecido tal religión. Por la misma razón, exaltaría los momentos o las instituciones que habían resultado claves en el proceso de construcción de la unidad católica: la conversión de Recaredo, la batalla de Covadonga, la conquista

¹⁵⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 39-40.

¹⁵⁵ Véanse los capítulos «Las dos Españas» (pp. 383-417) y «La movilización nacional católica» (pp. 433-465) de ÁLVAREZ JUNCO incluidos en *Máter dolorosa...*, *op. cit.*

de Granada —una y otra inicio y fin respectivamente de la lucha mantenida contra los musulmanes—, la Inquisición, los estamentos, etc.

Por otra parte, sabido es que esta historiografía no sólo reivindicaba aquello que los liberales dejaban de lado o criticaban, sino que, incluso, era una continuación, adaptada a los nuevos tiempos, de los viejos esquemas interpretativos esbozados por Mariana¹⁵⁶. Esta interpretación del pasado español tenía una repercusión directa en el presente en el que escribían estos autores, puesto que durante el Sexenio Liberal, donde se discutió la libertad de cultos¹⁵⁷, se enfrentaban a una serie de cambios que, según su modo de pensar, eran los que habían conducido a España a la decadencia y a perder su papel protagónico en la historia mundial. Tales transformaciones no eran otras que la renuncia expresa, por parte de los liberales, a los valores católicos, es decir, a los valores españoles tradicionales. En este sentido, la historiografía conservadora era, al mismo tiempo, un arma de propaganda a favor de un catolicismo integrista.

Víctor Gebhardt y Coll (1830-1894): una mirada «objetiva»

Continuación de las líneas de interpretación abiertas por Victor Du-Hamel¹⁵⁸ fue la *Historia general de España y de sus Indias* que publicara el abogado y periodista barcelonés —de tendencias carlistas— Víctor Gebhardt en 1864¹⁵⁹. Gebhardt tomó bajo sus hombros la tarea de escribir una historia de España en un momento en el que, según Álvarez Junco, «los neocatólicos [...] se encontraban en la plenitud de su influencia política, especialmente sobre el trono, pero iban perdiendo creatividad y prestigio en los medios intelectuales, a medida que envejecían sus miembros y se descomponía el régimen con el que se habían identificado»¹⁶⁰.

Gebhardt comenzaba su prólogo explicando que había aceptado el encargo de escribir una historia de España seducido «por la idea de poder tomar en su origen la familia española y conducirla hasta nuestros días [...], presentando encadenados en el trascurso de los siglos los acaecimientos todos»¹⁶¹. Asimismo, el barcelonés explicaba que metodológicamente pensaba clasificar los acontecimientos históricos en función de su naturaleza, pero sin descuidar la organización cronológica. Esta vía de trabajo estaba dada por la propia complejidad de la historia española y

¹⁵⁶ WULFF, *op. cit.*, p. 122.

¹⁵⁷ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 412.

¹⁵⁸ WULFF, *op. cit.*, p. 119.

¹⁵⁹ GEBHARDT, *op. cit.*

¹⁶⁰ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 416.

¹⁶¹ GEBHARDT, *op. cit.*, vol. I, p. I.

por la necesidad de evitar confusiones, puesto que, durante muchos años, España había estado fraccionada en reinos hasta que de nuevo había alcanzado su «unidad bajo un solo cetro»¹⁶². En este sentido, Gebhardt, aunque conservador, reconocía la pluralidad de territorios que conformaban España y la necesidad de historiar cada uno de éstos concediéndoles la misma importancia.

En esta misma introducción, Gebhardt proponía dividir la historia española en cinco etapas, iniciando la tercera

«... con la irrupción de otro pueblo extraño e infiel, que pone en cuestión por algún tiempo las conquistas realizadas por la nacionalidad española. La lucha empieza y dura siglos; cada pueblo, cada comarca, rotos en el general trastorno los lazos que a sus vecinos le unían, proclámase independiente para rechazar al enemigo de su fe; erigense señoríos, condados, poderosos reinos en lo que era antes una sola monarquía; ya aliados, ya enemigos entre sí, la reconquista avanza lentamente; otro pueblo, de la misma fe y distinto origen ha sucedido al primer invasor; pero debilitado más y más, cede al fin, y los reyes católicos Fernando V e Isabel I clavan la cruz en los muros de Granada, el último baluarte moro»¹⁶³.

Este párrafo refleja cuatro ideas que subyacen como elemento común en la mayoría de los historiadores, bien sean liberales o bien conservadores: la primera, que los visigodos son vistos siempre como invasores, aunque Gebhardt tenga que reconocer, como católico, que convirtieron a España en una nación al unificarla y consolidar el catolicismo; la segunda, que la Edad Media se caracteriza por el enfrentamiento entre españoles e «infieles»; la tercera, que «la reconquista» avanzó de forma muy lenta a causa, principalmente, de la división existente entre los reinos cristianos, y, por último, que la proyección exterior sólo pudo lograrse cuando se llevó a cabo la unidad política. En la explicación de esta visión de la historia que propone Gebhardt, debe tomarse en cuenta que la obra fue escrita en los primeros años de la década de los sesenta, cuando el gobierno de la Unión Liberal atravesaba una crisis que culminaría, a la postre, en el Sexenio Democrático.

A propósito de los acontecimientos del siglo VIII, lejos de suscribir ciegamente la versión tradicional, Gebhardt se muestra crítico con las leyendas en torno a la figura de Witiza e intenta explicar la caída del reino en términos políticos e históricos, consciente de que la falta de

¹⁶² *Ibid.*, vol. I, p. IV. Misma idea p. 5, cuando al hacer su loa de la geografía española el autor reconozca que lo accidentado de la orografía contribuyó a fomentar la división de la «nación».

¹⁶³ *Ibid.*, vol. I, p. IV.

documentación impedía tener una idea exacta de lo que realmente sucedió¹⁶⁴. Tras mencionar que fueron Mayans y Masdeu quienes primero reivindicaron la memoria del monarca, cita las crónicas medievales para constatar que «a medida que transcurre el tiempo, aumentan también los cargos» y que fue Mariana quien «dio cuerpo a estas noticias esparcidas, las compiló, procuró armonizarlas con los pocos elogios que de Witiza habían llegado hasta él e hizo de este reinado una relación completa»¹⁶⁵, relación que nuestro académico no puede dejar de reproducir al completo. Frente a la imagen ofrecida por los detractores del monarca, que lo convertían en el causante primero de la ruina del reino visigodo, y por aquellos que intentaban rehabilitar su memoria, Gebhardt concluía que lo que parecía más cierto era

«... que Witiza fue muy dado a una vida licenciosa dejándose arrastrar de la lujuria con gravísimo escándalo. Parece cierto también que revocó las leyes antes promulgadas contra los judíos y por fin parécelo igualmente que tuvo un altercado con el papa Constantino a cuyas pretensiones, justas o injustas, pues se ignoran cuales fueron, se opuso. Esta es quizás la clave de todo el misterio; la resistencia de Witiza hubo de causar grave escándalo en aquellos siglos de fe y veneración en que se escribieron las crónicas que le acusan...»¹⁶⁶.

Esta premisa le permite explicar la ruina de la monarquía como consecuencia de las luchas internas, no sólo entre los visigodos, sino entre éstos y la «raza indígena [que] aunque no era oprimida ni maltratada por los godos, [...] estaba, sin embargo, excluida de toda participación en el gobierno, y a lo más tomaba parte indirectamente en él por cierto número de obispos salidos de su seno, y aun esto en calidad de preladados, no de Españoles. De modo que, aunque regida con blandura, no dejaba de estar en una inferioridad política real, y de ahí la rivalidad sorda y permanente entre ambas clases»¹⁶⁷.

El autor explicaba páginas adelante que eran dos las familias entre las que se elegían los monarcas visigodos: una, la de Witiza, por su puesto, era «detestada por el pueblo a causa de su exclusivismo a favor de los principios góticos»; la otra, la de Rodrigo —y Pelayo, claro está—, era amada por las leyes que «habían establecido la igualdad de derechos para españoles y godos...». Y así, Gebhardt señala que fue evidentemente en estos «naturales» en donde Rodrigo halló apoyos para derrocar a Witiza:

¹⁶⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 101.

¹⁶⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 102.

¹⁶⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 105.

¹⁶⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 106.

«las circunstancias de esta revolución —nótese de nuevo el empleo de este término— son completamente ignoradas y carecemos de todo monumento que pueda guiarnos [...] sólo se sabe que hubo un levantamiento, ignórase en qué parte del reino, y que Rodrigo fue proclamado rey con apoyo de una asamblea de Hispano-Romanos»¹⁶⁸.

Gebhardt sostenía a continuación que el historiador no debía prestar entera fe a la tradición cuando carecía de una base documental, pues estaba plagada de «exageraciones» y «puerilidades»¹⁶⁹ y se mostraba igualmente cauto acerca de las leyendas sobre la Cava —aunque no dejaría de consignarlo por considerarlo «verosímil»¹⁷⁰ y el comportamiento de Sisebut, Eba y Oppas, aunque no deja de presentar los últimos años del dominio visigodo como una época de depravación —hecho confirmado, según nuestro autor, por las actas de los concilios— y llena de vicios (lujuria, concubinato, amor por el lujo, sensualidad) en la que el reino se encontraba falto de «un brazo varonil y una cabeza privilegiada para encaminarle otra vez por la senda de las sencillas y puras costumbres del honor y de la fuerza»¹⁷¹. En concordancia con esta interpretación, el autor presenta la invasión musulmana no como un justo castigo por los pecados de los godos, pero sí como un torrente que vino a purificar a la nación¹⁷².

Al abordar la conquista islámica, Gebhardt reproduce el esquema tradicional, señalando que los musulmanes fueron llamados por el conde Julián, «traidor» a la «nación entera». Así, era casi natural que los árabes, que desde las costas africanas contemplaban y codiciaban la fértil y «rica» Península, respondieran con entusiasmo «cuando los mismos españoles acudieron a ellos invitándolos a cometer la empresa»¹⁷³. La conducta de Julián se explica porque actuó de conformidad con sus parientes, relegados del poder regio y en cuyos corazones había anidado «el despecho, el odio o la venganza», de suerte que todos «quedaron envueltos en la común ruina»¹⁷⁴. Para completar el cuadro, el autor no dudó en escribir que el llamamiento fue apoyado por los judíos, «tan obstinados en sus rencores como en sus creencias», quienes hicieron su parte arreglándose con los moros¹⁷⁵.

Nuestro autor narra los sucesos militares señalando que tras la infructuosa tentativa de Teudomiro de detener a los invasores, Ro-

¹⁶⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 106.

¹⁶⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 107.

¹⁷⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 112.

¹⁷¹ *Ibid.*, vol. II, p. 108.

¹⁷² *Ibid.*, vol. II, p. 109.

¹⁷³ *Ibid.*, vol. II, p. 112.

¹⁷⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 111.

¹⁷⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 112.

drigo se apresuró «a llamar a los Godos y Romanos a la defensa de la patria amenazada y llegó a los campos de Sidonia con un ejército numeroso...»¹⁷⁶, en donde tuvo lugar la batalla de Guadalete. El autor reprodujo la batalla siguiendo tanto la versión de las crónicas cristianas como de las musulmanas y terminaría su relato definiendo la guerra contra Al-Andalus como «la grandiosa epopeya de ocho siglos que devolvió a España su ser»¹⁷⁷.

Nuestro autor sigue el discurso de Lafuente al abordar los inicios del movimiento asturiano, transcribiendo en muchas ocasiones párrafos enteros. El relato tiene un cierto matiz indigenista y la lucha se presenta como un eslabón más en la cadena de movimientos de resistencia frente a invasores extranjeros. Sin embargo, para hacer compatible este espíritu indestructible de independencia con las noticias sobre la huida general de los visigodos hacia las montañas asturianas, Gebhardt debe seguir la línea «fusionista», señalando que los visigodos —otrora «conquistadores de España»— fueron acogidos «benévola y cordialmente» por sus antiguos enemigos frente a la desgracia común¹⁷⁸.

Gebhardt explica que Asturias se vio libre de la dominación musulmana debido a su accidentada orografía, a su pobreza agrícola y a la ignorancia geográfica de los musulmanes. Fue esta misma estrechez la que animó a los habitantes del país a establecerse «en gran número en los campos inmediatos al pueblo de Cánicas», desplazando así el episodio del rapto de la hermana de Pelayo como detonante del alzamiento. Entre quienes se habían establecido en el valle se encontraba el propio Pelayo, noble godo de sangre real, quien

«... a causa de haber servido mucho tiempo en la milicia gótica, de las relevantes prendas que le adornaban y de la nobleza de su alcurnia, no tardó en adquirir sobre sus compatriotas una gran influencia. Aunque no todos tenían armas, todos se sentían poseídos de valor y saña contra el Ismaelita que había venido a profanar las iglesias cristianas, y agrupados alrededor de Pelayo, a quien respetaban por la fama de sus proezas, por la gallardía de su persona y la nobleza de su cuna, le aclamaron unánimemente por jefe y capitán prevenido y deseando un próximo combate con los dominadores de España»¹⁷⁹.

La noticia del levantamiento llegó a oídos del emir Alahor, quien envió a Alkhama «con la misión de sofocarlo y de obligar a los suble-

¹⁷⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 115.

¹⁷⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 118.

¹⁷⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 318.

¹⁷⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 319.

vados a pagar el tributo»¹⁸⁰. La incursión musulmana produjo la batalla de Covadonga, cuyo relato también transcribió Gebhardt directamente de Lafuente, incluyendo el episodio de la tormenta. Nuestro autor concluía su transcripción señalando que aunque «el memorable triunfo en Covadonga» podía explicarse sin recurrir a los milagros, el acontecimiento tampoco podía dejar de considerarse como algo «extraordinario» y que «ello era la causa de que el hecho fuese atribuido a la mediación de la Virgen»¹⁸¹. Gebhardt informaba a continuación de que, tras la victoria, el «héroe de Covadonga» fue investido «de una autoridad igual o semejante a la que ejercieron los antiguos reyes godos» y concluía su capítulo apuntando que Pelayo tuvo «tiempo y quietud suficiente para dedicarse a la organización de su pequeño estado». A éste acudían

«... cuantos no podían vivir en las tierras musulmanas por las calamidades de la guerra civil, o por el dolor que les causaba ver profanada la fe y la religión de sus mayores; aquellos cuyos hermanos, padres o hijos habían muerto en Guadalete o en la defensa de las plazas y aquellos en fin que preferían abandonar sus bienes, sus casas, la tierra en que habían nacido, que conservar sus riquezas transigiendo con los invasores de la patria [...] Encontraban sí, un clima más duro [...]; pero eran libres, respiraban el grato ambiente de la independencia y podían alimentar la esperanza de reconquistar en breve toda o parte de la tierra invadida. El natural amor a la libertad, el arrepentimiento quizás de no haber hecho bastante para conservarla, los consejos de la religión, llevaban cada año entre los primeros emigrados a algún habitante de las provincias del sur que abandonaba su campo, su casa, su rebaño o su oficio para compartir la libre existencia de los Asturianos; [...] Los demás asturianos, labradores o ciudadanos o habitantes de las regiones limítrofes del país de Burgos y de León, no estaban menos animados para la resistencia, y todos se hallaron prontos cuando hubieron de precipitarse a nuevas y terribles luchas»¹⁸².

Gebhardt finalizaría el capítulo señalando que «los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia, a una legua de Covadonga, junto con los de su mujer Gaudiosa»¹⁸³. Este párrafo es uno de los pocos en los que aún —estamos en 1864— se emplea el término restauración y en el que se da por sentado que Pelayo, aunque visigodo, era también español, pues de lo contrario no se entiende cómo alguien que pertenecía a los domina-

¹⁸⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 319.

¹⁸¹ *Ibid.*, vol. II, p. 321.

¹⁸² *Ibid.*, vol. II, p. 321.

¹⁸³ *Ibid.*, vol. II, p. 323.

dores de la raza hispana pudiera restaurar «la independencia española». Con ello el barcelonés suscribía una interpretación a caballo entre las tesis de Mariana y las indigenistas de Garibay o Patxot.

Al abordar las conquistas de Alfonso I, aclamado rey por su sangre goda, su parentesco con Pelayo y su carácter «emprendedor y belicoso»¹⁸⁴, Gebhardt no empleó el vocablo *reconquista*, aunque sí utilizó el término *cruzada*, resaltando con ello, como buen conservador y católico, la importancia que tenía el factor religioso:

«Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas realizadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el orden de sus excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de luchar su atrevida cruzada [...] mas parece [...] que de todas sus conquistas conservó sólo en principio las más inmediatas a las Asturias. [De esta manera] desmanteladas las poblaciones, pasadas a cuchillo las guarniciones sarracenas, llevados como esclavos los hijos y mujeres de los vencidos, hasta los cristianos eran recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas a las invasiones musulmanas»¹⁸⁵.

Como se ve, el pasaje deja de ser una simple enumeración de poblaciones conquistadas para convertirse en un discurso cargado de violencia. Por otra parte, llama mi atención el hecho de que el elemento religioso adquiera una mayor relevancia al hablar, por ejemplo, de la restauración de Lugo y de las «huestes libertadoras de la fe» y al identificar a los hombres de Alfonso como cristianos y a sus enemigos no como árabes, sino como musulmanes, recuperando así los viejos esquemas e imágenes reelaborados en el siglo XVI¹⁸⁶. Sin embargo, Gebhardt haría suyos los nuevos parámetros interpretativos al señalar las tareas de repoblación que el monarca asturiano emprendería tras realizar una conquista, «restaurando iglesias» y «erigiendo castillos [...] para defensa y seguridad de las fronteras»¹⁸⁷.

Nuestro historiador dedica algunas páginas a los acontecimientos de los territorios orientales, aunque el silencio de las crónicas musulmanas y la inexistencia de fuentes cristianas coetáneas le impedían extenderse sobre ello. Así, nos informa de que los francos habían derrotado en numerosas ocasiones a los musulmanes, quienes únicamente conservaban Narbona y esto con gran dificultad por las luchas internas que les aquejaban. Ante tal situación, «los pueblos empezaban a rehacerse y a

¹⁸⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 323.

¹⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 326.

¹⁸⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 326.

¹⁸⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 328.

levantarse contra ellos, y los que habitaban en los valles de los Pirineos, pertenecientes a la raza vasca, habían desde los primeros días de la conquista guerreado con ventaja por su independencia, y con más o menos trabajo habíanla conservado al norte de Pamplona»¹⁸⁸.

Sin embargo, no podía afirmarse «que todos los pueblos cristianos del norte de España formasen desde un principio una estrecha liga contra el enemigo común; mas la religión y la necesidad de la defensa establecían entre ellos inteligencias naturales, comunicando esta liga mal formada, pero nacida de la misma naturaleza de las cosas...»¹⁸⁹. En esta apreciación, era evidente que Gebhardt hacía más énfasis en los elementos comunes de unidad cristiana que en las diferencias y divisiones que aquejaban a los reinos cristianos. Esta división era alentada fundamentalmente por los vascos de Navarra, quienes mantenían el euskera «... y esquivaban depender de otros hombres, aunque fuesen cristianos y españoles como ellos, mostrando la antigua tendencia al aislamiento y la repugnancia a la unidad heredada de los pobladores primitivos»¹⁹⁰. De entre todas las noticias falsas que rodeaban los orígenes sobre el Reino de Navarra, Gebhardt podía sacar una sola cosa en claro: que «hasta finales del siglo IX no aparece un jefe o caudillo de los navarros cuya existencia esté históricamente demostrada»¹⁹¹. Tal afirmación le daba pie para refutar las noticias ofrecidas por Mariana, Morales y Garibay.

Por lo que respecta a la fundación de la Marca Hispánica, Gebhardt señalaba que varios años después de la jornada de Roncesvalles, en 785, los francos habían retomado sus incursiones sobre la vertiente hispana del Pirineo, conquistando Gerona, Urgel y Ausona, y designando a un franco por gobernador de la primera de las ciudades en nombre de Carlomagno, quedando la futura Cataluña bajo la soberanía franca. Tal suceso daba pauta a nuestro escritor para asentar que el principado pirenaico era parte integrante de la nación española: «¿Pero se conformaban de buen grado los habitantes de esta parte de la Península, sufrían de buena voluntad el gobierno y la superior dominación de los Galo-Francos de Aquitania? La historia nos dirá cuán pronto aquellos españoles, celosos de su independencia como todos, aprovecharon la primera ocasión para convertir la marca franco-hispana en estado español y condado independiente»¹⁹². Curiosamente, de la conquista de Barcelona por Luis el Piadoso no se dice nada en este segundo volumen y en el tercero se nos informa sim-

¹⁸⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 324.

¹⁸⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 325.

¹⁹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 382.

¹⁹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 382.

¹⁹² *Ibid.*, vol. II, p. 384.

plemente de que la ciudad había caído ya en poder de los carolingios, quienes habían confiado la gobernatura a diversos condes.

Gebhardt pasa con cierta rapidez sobre este período y prefiere centrarse en la figura de Wifredo el Velloso, cuyos datos toma de Bofarull. Lo que más le importa destacar es, naturalmente, que bajo su gobierno Cataluña había obtenido su independencia, aunque no se supiera exactamente cómo había ocurrido, si

«con la punta de su espada y con la ayuda de los Catalanes, como consecuencia de sus relaciones de parentesco con los reyes de Francia, o ya fuera por fin premio de algún grande y glorioso hecho de armas de los que se le atribuyen en las guerras de Carlos el Calvo con los Normandos, o de la expulsión de los moros de las montañas de Montserat, condado de Ausona y de gran parte de la Marca Española [...] Con él dio principio la serie de nuestros condes soberanos que habían de elevar tan alto a nuestra patria, haciendo de ella uno de los más importantes estados de la Península española. [...] Tan piadoso como guerrero, fundó el velloso en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll, en el cual fue sepultado...»¹⁹³.

El espacio que concedía Gebhardt en su historia a Wifredo el Velloso era mucho mayor que el concedido a los condes anteriores, pero muy similar al otorgado al reinado de Alfonso I. Ello quizás pueda deberse a que, en tanto catalán, no quería dejar de mostrar que su terruño también tenía un pasado que exaltar, sin por ello restar importancia a las glorias castellanas. Antes bien, con ello se mostraba que ambos territorios compartían un mismo sentimiento y el mismo objetivo: combatir a los musulmanes.

La obra de Víctor Gebhardt, pues, se nos presenta como una historia conservadora que se construye sobre los esquemas marianistas pero que integra también las nuevas claves interpretativas marcadas por el nacionalismo y el positivismo, con lo cual su visión era coincidente en más de un punto con la de Modesto Lafuente y con la que años después presentaría Morayta. Sin embargo, hay una diferencia sustancial que se convertiría, a la postre, en una innovación de gran trascendencia para la historiografía conservadora: el hecho de que Gebhardt es uno de los primeros que define a la guerra de los reinos cristianos contra Al-Andalus como una «cruzada» y si bien en ello puede verse un regreso a las claves del siglo XVI, muy a tono con sus concepciones católicas, también es verdad que el término se conjugaba con las nuevas claves nacionalistas propias del siglo XIX. Eran, pues, los primeros gérmenes de la doctrina

¹⁹³ *Ibid.*, vol. III, pp. 16-17.

neocatólica que se enriquecería con trabajos como los de Manuel Merry y Francisco Simonet y que florecería en el primer tercio del siglo xx.

Manuel Merry y Colón (1835-1894): una mirada católica e integrista

En 1876 vio la luz la primera edición de la *Historia de España* (1876) del catedrático sevillano y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, Manuel Merry y Colón¹⁹⁴. El libro, concebido como texto escolar, contenía la versión más tradicional sobre los acontecimientos del siglo VIII desde una óptica estrictamente casticista que llegaba a silenciar los acontecimientos de Cataluña. La obra, sin embargo, refleja la incorporación de las claves de lectura nacionalistas, de tal suerte que el término *reconquista* quedaba asociado indisolublemente a la gesta mantenida por los españoles en contra de los musulmanes a favor de su religión. Ello tuvo dos consecuencias en la obra de Merry: la primera, que el vocablo *reconquista* aparece con mucha mayor frecuencia que en la obra de su antecesor —inclusive se refiere a «la llamada época de Reconquista»—; la segunda, que aumenta el tono beligerante del discurso, caracterizándose el enfrentamiento como una lucha sin cuartel entre dos pueblos irreconciliables.

La obra se abre con una «Advertencia» en la que el autor explica que su única intención era «dar impreso a mis alumnos para su comodidad y aprovechamiento el resumen de mis explicaciones en cátedra» y que no pretendía colocarse a la altura de los historiadores por carecer de las facultades intelectuales para ello, añadiendo, además, que, como «católico sincero», había adoptado «la parcialidad más severa y la veracidad más estricta»¹⁹⁵.

En los «Preliminares», el autor canta una vez más las bondades de la tierra¹⁹⁶ y realiza un breve repaso historiográfico en el que no sólo hace referencia a las fuentes cristianas, sino que también menciona y analiza, superficialmente claro está, textos como los de Ibn Hayyan, al Razi e Ibn al Jatib, ya suficientemente difundidos en su época. Por lo que respecta a sus contemporáneos, Merry muestra mayores simpatías hacia los

¹⁹⁴ MERRY Y COLÓN, *op. cit.* Además de la ya citada, la obra conoció una segunda edición Sevilla, Impresor Díaz y Carballo, 1886-1887, y una tercera en 1889 bajo el título *Compendio de historia de España redactado para servir de texto en los seminarios y colegios católicos*, Sevilla, Imprenta de José María Arica, 1889. Cfr. WULFF, *op. cit.*, pp. 147-149.

¹⁹⁵ MERRY Y COLÓN, *op. cit.*, vol. I, p. 1.

¹⁹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 7.

historiadores conservadores, aunque no deja de reconocer alguna virtud en los historiadores franceses (Romey) y en los liberales españoles, particularmente en Lafuente, quien había escrito «bajo un criterio evidentemente liberal y siguiendo los errores históricos de don Antonio Condé en lo relativo a la dominación de los árabes». Quien mejor parado salía era Víctor Gebhardt, pues su «excelente obra» había sido escrita con un «espíritu sinceramente católico e imparcial»¹⁹⁷.

A continuación, Merry explicaba que «la razón del método» —nótese cómo hasta el catolicismo integrista recibía los influjos del positivismo— le obligaba a dividir la historia de España en tres épocas, a saber, Edad Antigua, Media y Moderna. Según nuestro autor, la Edad Media «comprende dos épocas que denominamos Visigoda la primera y de la Reconquista la segunda». A su vez, cada una de ellas «ofrece notables períodos sucesivos en la primera y simultáneos en la segunda». Y agregaba a continuación: «La época de la Reconquista ofrece la particularidad de contener períodos simultáneos, de los que unos corresponden al estudio de la España cristiana y otros al de la España árabe. Eran dos los pueblos, dos las civilizaciones que luchaban en nuestro suelo y la historia de ambas nos interesa en gran manera»¹⁹⁸.

Es interesante resaltar que Merry define a la Reconquista no tanto como un proceso, sino como un amplio período contenido dentro de la Edad Media y que, además, «la época de la Reconquista» podía dividirse a su vez en otros «tres períodos; siendo el 1.º llamado de la invasión, que comprende hasta los días de Pelayo. El 2.º alcanza hasta la unión definitiva de los reinos de Castilla y León en los días del Santo Rey Fernando III. El 3.º se extiende desde este suceso hasta la fusión de las Coronas de Aragón y Castilla en el reinado de los reyes Católicos»¹⁹⁹. En esta conceptualización prima el criterio del integrismo católico, según el cual la unidad de España era el objetivo más importante al que tenían que aspirar los españoles; por tanto, la reconquista se entiende como una época fundamental en el proceso de conformación de la unidad española, proceso que culminaría, por su puesto, en el reinado de Isabel y Fernando.

Más compleja era la división de la historia de la «España Árabe»:

«Ofrece ocho períodos durante esta época de Reconquista, siendo el 1.º llamado de la Invasión y cuyo estudio concierne también con muy justos títulos, según lo expuesto, a la España cristiana. El 2.º lo

¹⁹⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 18.

¹⁹⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 20.

¹⁹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 20.

llamaremos de los emires dependientes y alcanza hasta los días de Abderrahaman I. El 3.º lo denominaremos de los Emires independientes, y se extiende hasta Abderrahaman III. El 4.º lleva por nombre Califato de Córdoba, período el más glorioso y que termina en los días de Hizem III. El 5.º lo conocemos con el de los reyes de Taifas. El 6.º estudia la invasión y hechos de los almorávides. El 7.º narra la llegada y el establecimiento de los almohades. El 8.º refiere los acontecimientos ocurridos al pueblo musulmán hasta su expulsión de España»²⁰⁰.

Las divisiones cronológicas que proponía el autor para ambas entidades estaban hechas en función de un criterio puramente político. Esto no es una particularidad de Merry, sino que afectaba por igual los trabajos históricos elaborados en el siglo XIX. Pero a nuestro profesor sevillano corresponde el mérito de haber estructurado de forma clara y sencilla, y sobre todo el mérito de haber difundido, esta división.

Si hasta aquí Merry se muestra cercano a los criterios del liberalismo moderado, es en el primer capítulo del libro en el que apreciamos la distancia que lo separa de los planteamientos más innovadores y actualizados que representa la *Historia* de Morayta, pues mientras ésta se sumergía en la prehistoria y hablaba de los cromagnones, nuestro sevillano afirmaba, categórico, que «el dogma de la unidad de la especie humana se halla consignado en la sagrada Biblia, cuya divinidad acatamos, deferiendo a su autoridad irrecusable en todo cuanto los libros santos narran o enseñan»²⁰¹.

Estas premisas permiten adivinar la interpretación que Merry realiza sobre el fin del reino visigodo, explicado como consecuencia de una decadencia interna que se reflejaría en la «corrupción» de las costumbres y en el hecho de que «las virtudes habían sido reemplazadas por los vicios más reprensibles, la ciencia y la literatura parecían huir del seno de aquella sociedad prostituida. A los grandes hombres habían sucedido miserables personalidades, que sembraban por donde quiera, la traición y la bajeza»²⁰².

El relato sobre la caída de la monarquía inicia con la coronación de Witiza en 697 y se presenta en términos muy marianistas, pues aunque nuestro autor no habla de «pecados», sí que expone la idea de que la ruina se debió a la expansión de los vicios y las pasiones —la «molicie», los «regalos», los «goces materiales»— entre la sociedad visigoda y al mal gobierno del monarca, quien no sólo «atentó contra la honestidad de las

²⁰⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 20.

²⁰¹ *Ibid.*, vol. I, p. 23.

²⁰² *Ibid.*, vol. II, p. 76.

doncellas, profanando el santuario del matrimonio», sino que, haciendo caso a su corazón corrupto, obligó a los sacerdotes a que se casaran, llamó a los judíos, destruyó las murallas de las ciudades, persiguió a Pelayo —«¿Quién había de decir, que este vendría a ser el ilustre caudillo que pocos años después iniciaría la reconquista?», se preguntaba nuestro autor al respecto—²⁰³ y nombró a Oppas obispo de Toledo cuando ya lo era de Sevilla. «En honor de la verdad», Merry opinaba que «la rebelión que se supone contra la silla apostólica de parte de Witiza y su decreto prohibiendo a los católicos comunicar con Roma, son meras suposiciones debidas al cardenal Baronio»²⁰⁴. Y aunque Mayans y Masdeu, apoyados en la crónica de Isidoro de Béjar, tenían a Witiza como rey clemente y piadoso, Merry se inclinaba a pensar que había sido depuesto por una rebelión encabezada por Rodrigo y posteriormente cegado y enviado a Córdoba para hacerle pagar sus crímenes.

Aquí es donde, sin abandonar el tono marianista, Merry suscribe la interpretación según la cual la caída del reino visigodo se explicaba por las luchas internas que entablaron las élites gobernantes, pues Rodrigo, aunque era «uno de los mejores generales de España» al haber ascendido al trono mediante una «sublevación», «tuvo desde luego por enemigos irreconciliables a los hijos y adeptos del rey destronado, que buscaron en la expatriación medios para vengar, no muy tarde, el atentado cometido contra su padre». Y así, observaba nuestro profesor, «la conspiración se tramaba y entre tanto que la civilización goda se veía minada en lo interior por la prostitución y el desorden, se agitaban en lo exterior, solícitos en su aniquilamiento, enemigos muy terribles, porque era mucha la maldad que alimentaban»²⁰⁵. La conspiración fue organizada por los personajes más detestables del reino, pues «los hijos de Witiza, aprovechando el poderío de los judíos, sus relaciones con los sarracenos y el espíritu aventurero del pueblo árabe, buscaron en su alianza motivos para vengar el ultraje hecho a su padre, arrojando del trono al rey Rodrigo». Obtenido el apoyo de Muza, los conspiradores volvieron a la Península y se reconciliaron con el rey «muy ageno el monarca, de que aquellos a quienes tendía mano generosa, llevaban escondido en su pecho las más grave deslealtad»²⁰⁶.

Por otra parte, Merry desecha la leyenda de la violación de la Cava por ser «una de tantas ficciones inventadas por el espíritu novelesco de la Edad Media»²⁰⁷, al tiempo que consideraba que, aunque el hecho hubiera

²⁰³ *Ibid.*, vol. II, p. 84.

²⁰⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 85.

²⁰⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 86.

²⁰⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 87.

²⁰⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 89.

tenido lugar, ello no hubiera justificado que se llamara a los musulmanes puesto que un «pueblo tan degradado» estaba acostumbrado a tales sucesos. Así, el autor concluía que «los moros vinieron a nuestro suelo, no para vengar el honor ultrajado de una dama, sino únicamente para servir de auxiliares a los hijos de Witiza en sus propósitos de recuperar el trono»²⁰⁸. Ello muestra que la necesidad de apegarse al esquema preconcebido impedía a los autores conservadores aceptar las interpretaciones que exoneraban a Witiza, puesto que tal interpretación era coincidente con la visión de España que poseía el grupo conservador, una visión que hacía énfasis en la unidad religiosa y, sobre todo, en el respeto a las instituciones y tradiciones que se tenían como españolas. Y es que el mensaje era claro: cuando, por una razón u otra, esas instituciones se veían atacadas —la Iglesia, la familia, la monarquía, la confesionalidad del Estado— España se perdía. Merry concluiría estos pasajes señalando que los musulmanes hubieran sucumbido en la batalla de Guadalete «ante la pujanza de nuestros mayores, si Oppas y Siseberto, hijos de Witiza, [...], no hubieran realizado la traición más execrable, abandonando en lo recio de la refriega a los cristianos sus compañeros, para pelear al lado de los árabes»²⁰⁹.

La segunda parte del libro, consagrada a la época, «llamada de Reconquista», se abría con unas reflexiones que continuaban el lamento por la caída del reino visigodo y en las que Merry indicaba que originalmente los musulmanes no pretendían conquistar la Península, «... mas luego que tuvieron ocasión de reparar en la fertilidad de nuestras campiñas, lo azulado de nuestro cielo, lo risueño de la primavera en las rientes comarcas de Andalucía y se convencieron del desorden que cundía entre los godos y de su poca energía para la defensa, resolvieron corresponder a la deslealtad de los hijos de Witiza y de sus adeptos, erigiéndose ellos en dominadores de España»²¹⁰.

La lección treinta y seis de la España cristiana estaba consagrada a los primeros años de la monarquía asturiana. Merry sostenía que era un error de Masdeu «suponer que el grito de independencia dado por Pelayo no resonó en la cueva de Covadonga hasta los cuarenta años transcurridos de la derrota en Guadalete». «La reconquista —afirmaba nuestro autor a renglón seguido— comenzó en el año 718, es decir, seis años después de acaecida aquella funesta jornada. Los seis años que median desde 712 a 718 fueron empleados por el valiente Pelayo y por sus esforzados compañeros en preparar los medios para llevar

²⁰⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 89.

²⁰⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 91.

²¹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 124.

a cabo con acierto y feliz resultado la expulsión de los moros de la Península»²¹¹.

Este párrafo muestra hasta qué punto el término *reconquista* se había cargado ya de significados nacionalistas y había adquirido el sentido de una gesta nacional, de una lucha por la independencia que no terminaría sino con la expulsión de los musulmanes de la Península. Es cierto que todos los autores anteriores habían supuesto que Pelayo había preparado y organizado sus fuerzas, pero no para expulsar a los musulmanes, sino tan sólo para resistir una incursión o, a lo más, para levantarse en contra de un dominio extranjero. Ahora Merry entendía que Pelayo no buscaba ya la restauración del cristianismo ni de la monarquía, sino algo más importante como era la expulsión de los musulmanes. Con esta conceptualización, Merry no sólo daba un impulso fundamental al proceso de consolidación del término *reconquista*, sino que contribuía a difundir la interpretación que hacía de la Reconquista un ideal alumbrado poco después de 711 que se mantendría vigente a lo largo de toda la Edad Media, concediendo el protagonismo histórico al Reino de Asturias. Vuelta sobre las mismas líneas interpretativas acuñadas por Mariana, pero ahora en clave nacionalista y dentro de un contexto histórico marcado por el retorno de los Borbones —es decir, por la Restauración— y por la pérdida de presencia en el plano internacional.

Recuperando unos aires indigenistas, Merry consideraba la gesta de Pelayo como un eslabón más de la cadena de luchas mantenidas por los «indomables españoles» a lo largo de la historia en favor de la «independencia» nacional²¹². Asimismo, nuestro sevillano presenta a Pelayo como un monarca adornado con las mejores prendas que luchaba por su religión y por su patria y a sus seguidores como «leales cristianos» que no dudaron en seguir el «grito de la reconquista». Con ello, Merry identificaba, de manera explícita, los valores cristianos con los valores auténticamente españoles:

«Pelayo, hijo de Favila, duque de Cantabria y de sangre real de los godos; hombre de ardiente fe, emprendedor, enérgico, valiente y decidido, se había procurado albergue seguro en las Asturias; y allí, rodeado de algunos tan cristianos como valientes, comenzó a excitarlos a la lucha, enardeciendo sus ánimos con las palabras más propias para fomentar la religiosidad y patriotismo de sus compañeros. Religión y patria mil veces conculcadas por los sectarios de Mahoma. No llamó en vano al corazón de aquellos buenos españoles; el eco de su voz re-

²¹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 131.

²¹² *Ibid.*, vol. II, p. 132.

sonó en el pecho de los leales cristianos, y el grito de reconquista hizo estremecer no muy tarde a los temerarios mahometanos: “Somos pocos y ellos son muchos, mas pelearemos por la religión y por la patria; y si la muerte nos sorprende, la gloria coronará nuestros esfuerzos”. ¡Exclamación sublime que retrata de un modo admirable la idea fecunda de la civilización española en la Edad Media. La religión cristiana, la Patria y la lealtad son los ejes, sobre los que gira la vida, propio de nuestra nacionalidad en aquellos tiempos y en los grandes, los fecundísimos principios que prepararon la civilización gigantesca y engrandecimiento de nuestra amada patria, cuyos lauros comienzan a tejerse desde aquellos días, hasta llegar al triunfo de las armas españolas sobre el mundo entero en los poderosos reinados de Carlos V y Felipe II...»²¹³.

Adornado con tales prendas, Pelayo fue elegido como rey y desde ese momento, como correspondía a un monarca español, dio inicio a «la Reconquista», proceso que consistía para Merry en «ensanchar día por día y palmo a palmo [...] los estrechos límites de su primitivo territorio»²¹⁴. Con estos antecedentes, es fácil adivinar el tono que adquiriría el relato de la batalla de Covadonga, en el que Merry señala que Pelayo y los suyos «hallaron aliento poderoso para oponerse al empuje de los musulmanes» en «la venerada efigie que se encontraba en la Cueva» y que, al iniciar la batalla, el monarca «empuña[ba] en su derecha la espada» y en su izquierda enarbolaba «la santa cruz»²¹⁵, puesto que «peleaba por engrandecer el Reino de Nuestro Señor Jesucristo»²¹⁶. Merry cerraba estas páginas señalando que la memoria de Pelayo «vivirá perpetuamente en los fastos de la historia patria» puesto que «dictó disposiciones acertadas para engrandecimiento y prosperidad del naciente Reino de Asturias [...] fomentando el sentimiento cristiano de los suyos [y] levantando templos»²¹⁷.

Por lo que respecta a las campañas de Alfonso I, llama la atención que Merry resalte la religiosidad del monarca²¹⁸, aunque no por eso deje de exaltar su intensa actividad, señalando que «cifró su anhelo constante en asolar las poblaciones mismas que tomaba, a fin de interponer un desierto prolongado ente sus Reinos y los pueblos que servían de morada a los musulmanes. Grande fue el estrago, grande la ruina que reportó a la patria este modo de guerrear; que si bien perjudicó a la España, sirvió de

²¹³ *Ibid.*, vol. II, pp. 133-135.

²¹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 136.

²¹⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 136.

²¹⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 138.

²¹⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 140.

²¹⁸ «Apenas inicia sus conquistas con estos triunfos, levanta sus ojos al cielo; bendice a Dios y reconstruye el templo Santo: puebla las ciudades de aquellos contornos, dota las iglesias llamando gente a morar en aquellas cercanías». *Ibid.*, vol. II, p. 143.

causa poderosa para ensanchar los límites del reino cristiano...»²¹⁹. Debe señalarse, además, que al exaltar las campañas Merry presentó la guerra entre musulmanes y cristianos como una lucha a muerte entre enemigos irreconciliables:

«No faltan historiadores que increpan duramente esa conducta de Alfonso, sin comprender que, dadas las circunstancias de aquellos tiempos, era lucha de exterminio la que venía sosteniendo el pueblo cristiano contra los infieles; sin que el fervor religioso que les animaba y el firme espíritu de independencia que los distinguía, permitiese ceder ni un palmo siquiera del territorio conquistado al enemigo. Dura fue la manera de mostrar la intransigencia de Alfonso con el mahometanismo; pero no puede pedirse otra cosa al valeroso monarca, que pelea, no para tener una plaza, sino para levantar la civilización cristiana sobre las ruinas de los hijos del corán»²²⁰.

Manuel Merry, más quizás que el propio Gebhardt, se nos presenta como el máximo representante de la línea conservadora, no por el rigor científico y el olfato histórico, aspectos en los que el catalán le superaba con creces, sino por impulsar una interpretación tradicional de los acontecimientos del siglo VIII pero adaptada a los esquemas nacionalistas imperantes en la segunda mitad del siglo XIX. En este proceso de adaptación, Merry cargó las tintas no sólo sobre los elementos religiosos, aspecto que resulta comprensible por su militancia católica, sino también sobre la incompatibilidad cultural y religiosa entre los dos pueblos que se disputaban el dominio político de la Península. Ello hizo posible que el término *reconquista* adquiriera mayores connotaciones, definiendo no sólo una época histórica, sino también un proceso de lucha de «exterminio» guiada por Asturias y Castilla a lo largo de ochocientos años al final del cual se recuperó la unidad de España.

En este sentido, puede corroborarse que tanto el contexto político como los parámetros positivistas y nacionalistas, efectivamente influye-

²¹⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 144.

²²⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 144. Páginas adelante señalaba «que el pueblo musulmán no podía coexistir en un mismo suelo con el cristiano era un hecho innegable. Eran dos civilizaciones distintas. Opuestas en sus dogmas, opuestas en su moral [...]: el uno adoraba a Jesucristo, el otro lo aborrecía resueltamente; el uno tenía por efímeros los goces de la tierra y suspiraba por las delicias de la gloria; el otro, por el contrario, se revolvió cienagamente en el lodo inmundo de los placeres carnales y de la molición [...] el odio inextinguible de ambas civilizaciones era evidente. La guerra entre ambos pueblos era, por tanto, necesaria; los cristianos pugnaban, sí, por recobrar los territorios perdidos en la infausta jornada de Guadalete; pero peleaban llevados de ardor inextinguible por levantar nuevamente los trofeos de la Cruz Santa sobre la derrota y exterminio completo de los hijos del profeta». *Ibid.*, vol. II, pp. 172-173.

ron a la hora de interpretar los acontecimientos del siglo VIII. Sin embargo, lejos de poder adscribir a cada uno de los grupos políticos un esquema de interpretación determinado, lo cierto es que las tres líneas mantienen algunos puntos de contacto, de tal suerte que, por ejemplo, posturas como las de Zamora y Gebhardt confluyen al beber de los manantiales creados por Lafuente. Pero, al mismo tiempo, la distancia que separaba autores como Merry y Morayta era muy grande, cuando no un vacío insalvable.

Atendiendo no tanto a la adscripción política de los autores como a las corrientes de interpretación que suscriben, creo poder encontrar tres grandes líneas: *a)* la línea «indigenista», representada por Ferran Patxot, según la cual los iberos habían luchado siempre en contra de los enemigos extranjeros, incluyendo los visigodos, los cuales ni amaban a España ni podían identificarse con ella; *b)* la línea «visigotista-modernizadora», desarrollada por Zamora, Morayta y Gebhardt, según la cual la invasión musulmana fue propiciada por los visigodos, inmersos en una serie de luchas civiles por la conservación del poder, y en la que la violación de la Cava y otras cuestiones morales quedaban relegadas a un segundo plano, y *c)* la línea «visigotista-tradicionalista», seguida por Cavanilles y Merry, según la cual el reino se perdió a causa de los vicios que habían corrompido a la sociedad visigoda durante la época de Witiza, a quien retratan con colores semejantes a los utilizados por Mariana. Como consecuencia de estas lecturas, la gesta iniciada por Pelayo se presentaba, en el primer caso, como una lucha de los auténticos iberos por mantener su independencia en contra de unos nuevos invasores; en el segundo, como la de un visigodo que buscaba restaurar el orden político y expulsar a los musulmanes mediante el «ensanche» de las fronteras; en el último, como un movimiento que tenía el cuádruple objetivo de restaurar la monarquía visigoda, la religión cristiana y la libertad y reconquistar la patria.

Finalmente, podemos señalar que, independientemente de cuál de las tres corrientes se trate, el término *reconquista* sustituyó paulatinamente al vocablo *restauración*, adquiriendo en dicho proceso dos significados: como época o período histórico y como un proceso histórico que duró siete siglos. En este sentido, puede constatarse que las historias generales de España contribuyeron efectivamente a consolidar una identidad colectiva y a construir una comunidad imaginada.